

SERVICIO
SECRETO

SS

¡BUEN VIAJE, JILL...! Kelltom McIntire



SIN MAYORES DE 18 AÑOS

Estábamos en la casita del valle de San Fernando, adonde habíamos llegado la noche anterior para disfrutar de uno de nuestros acostumbrados fines de semana «pacíficos».

Aquel sábado por la tarde fuimos a la próxima playa, distante apenas doce kilómetros de nuestro pequeño *bungalow*. El lugar estaba solitario y el majestuoso Pacífico hacía honor a su nombre; el sol brillaba fuerte en un cielo azul claro y débiles olas lamían dulcemente la arena dorada.

Yo abrí la nevera portátil y saqué una cerveza fría. Jill se desnudó lentamente a tres pasos de mí. Reía entre dientes e hizo algún comentario acerca del cosquilleo que producía la leve brisa en su cuerpo bronceado de diosa pagana.



Kelltom McIntire

¡Buen viaje, Jill!

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1525

ePub r1.0

Lds 21.01.18

Título original: *¡Buen viaje, Jill!*

Kelltom McIntire, 1979

Cubierta: Norma

ePub modelo

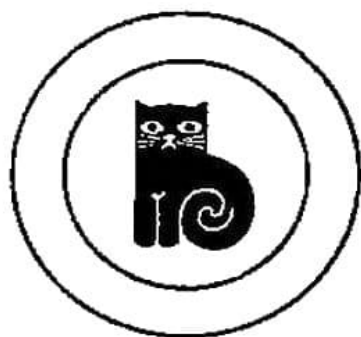
LDS

, basado en ePub base r1.2





**SERVICIO
SECRETO**



CAPÍTULO PRIMERO

Estábamos en la casita del valle de San Fernando, adonde habíamos llegado la noche anterior para disfrutar de uno de nuestros acostumbrados fines de semana «pacíficos».

Aquel sábado por la tarde fuimos a la próxima playa, distante apenas doce kilómetros de nuestro pequeño *bungalow*. El lugar estaba solitario y el majestuoso Pacífico hacía honor a su nombre; el sol brillaba fuerte en un cielo azul claro y débiles olas lamían dulcemente la arena dorada.

Yo abrí la nevera portátil y saqué una cerveza fría. Jill se desnudó lentamente a tres pasos de mí. Reía entre dientes e hizo algún comentario acerca del cosquilleo que producía la leve brisa en su cuerpo bronceado de diosa pagana.

No quise mirarla. Su juvenil silueta era demasiado tentadora y yo no pensaba en hacer el amor con ella.

En realidad, casi estaba decidido a no tener intimidad ninguna con ella en el futuro; ni sexual, ni mucho menos sentimental.

Porque la verdad es que en mi mente latía constantemente la tentación de asesinarla.

—¿No vienes? —preguntó ella, mirándome turbadoramente. Apoyaba sus finas manos en las carnosas y redondeadas caderas y me desafiaba abiertamente con el gesto.

Estaba bellísima la diabólica Jill. El estricto bikini blanco destacaba maravillosamente sobre su piel tontada que tenía tacto de raso.

Moví la cabeza en sentido negativo.

—Luego, quizá —respondí vagamente—. Comí demasiado y ese pollo a la mexicana aún está escarbando dentro de mi estómago.

—Te estás haciendo viejo, eso es todo —dijo, moviendo la

cabeza con un gesto falsamente compasivo.

Y huyó hacia la orilla, se detuvo un momento al borde del mar para colocarse su casquete de baño, se chapuzó y nadó elegantemente con fácil y airosa brazada.

Gruñí, furioso. ¿Era posible que, además, Jill se burlase frescamente de mí...?

Me calé las gafas de sol y la seguí con la vista. Ella nadaba con decisión, mar adentro, sin demostrar la menor aprensión a los tiburones y a las barracudas, que abundaban en aquella zona.

Sonreí.

«Sí, ésa sería la mejor solución, me sorprendí pensando. Si la atacasen los tiburones, si la despedazasen y devorasen, yo podría permanecer al margen del asunto. Eso evitaría que me convirtiese en un asesino».

Era un sueño loco. Como el del vicioso jovencito que sueña con ganar veinte mil dólares en las carreras. Anheló utópico, difícilmente realizable, desde luego.

Lo cierto era que yo estaba desesperado. Y en mi desesperación no veía otro medio para solucionar mi tensión que el asesinato: yo debía matar a Jill, mi esposa.

Desde que nos conocimos, dos años atrás, yo le había sido escrupulosamente fiel, a pesar de mi conocida afición a las faldas. Pero ella...

Comencé a sospechar aquella tarde, cuando la llamé por teléfono a casa para concertar la cena en un conocido restaurante.

Nadie respondió al teléfono. Y Jill había asegurado tajantemente que no se movería de casa en toda la tarde.

—Te esperaré impaciente, Jason —había dicho.

Hice otras tres o cuatro llamadas antes de que oscureciera. Nadie respondió al otro lado de la línea telefónica.

Bueno, en principio el caso no era preocupante. Podía haber una avería en la línea. O Jill se había visto obligada a realizar una salida repentina. O... Volví a casa a las diez. Jill ya estaba vestida. En realidad, parecía una estrella rutilante, con sus cabellos dorados esplendiendo alrededor de su rostro bellísimo.

Me besó fugazmente en la mejilla y rehuyó mi beso en sus labios por aquello del *rouge*...

—Siento de veras que hayas tenido que esperar sola toda la

tarde —dije como sin darle importancia, cuando me dirigía hacia él baño.

Jill asomó en la puerta y dijo:

—No puedes imaginarte lo largas que se hacen las horas aquí, sola. Pero ¡te lo juro!, esta noche pienso desquitarme.

Y se desquitó. Durante toda la noche, conversó, bebió y bailó con cuanto caballero caía en sus hechizos: el capitán Mulligan, el teniente Kapra, el teniente O'Loughlin

...

Finalmente logré rescatarla de su corte de admiradores y la saqué a bailar. Reía como una loca y bromeaba sin cesar, sin permitir que hilvanáramos una sola frase sensata.

Volvimos a casa a las cuatro de la madrugada. Jill se había tendido sobre el asiento trasero del coche y canturreaba una descarada cancioncilla entre dientes.

Desde aquel día, establecí una cierta vigilancia sobre ella. La llamaba por teléfono, me presentaba de improviso en casa... Mi tensión iba en aumento a medida que comprobaba sin lugar a dudas que Jill me mentía descaradamente.

Traté de sondearla en algunas ocasiones, pero ella se las arreglaba para desviar rápidamente el tema con una habilidad increíble.

Finalmente, decidí encomendar su vigilancia a un detective privado. Mi sueldo de comandante ingeniero y mi cuenta en el Banco me permitían hacer algunos gastos extraordinarios sin lesionar nuestra economía.

Aquel hombre, Justin Brown, anduvo tras los pasos de Jill durante un mes. El resultado de la investigación no pudo ser más desolador: durante aquellos treinta días, mi esposa se había reunido en moteles alejados y otros lugares nada menos que con cinco individuos distintos.

Justin Brown me enseñó algunas fotos particularmente dolorosas: Jill, besando apasionadamente al teniente Kapra, Jill abrazada por un individuo desconocido, Jill revolcándose con un muchacho muy joven en la habitación de un motel de Santa Rosa...

Su impudicia había llegado más lejos: en una de las fotos reconocí sin lugar a dudas... nuestra propia alcoba. ¡Jill se había

atrevido a llevar a uno de sus amantes a nuestra propia casa...! Justin Brown comprendió mi dolor y me permitió sollozar, sin interrumpirme durante un rato.

—¡Dios mío, Dios mío! ¿Qué puedo hacer? —gemí, mesándome los cabellos, enloquecido—. Bueno, con esas pruebas que tiene en sus manos, le será fácil obtener el divorcio. El juez fallará a su favor. No tendrá que pasar ninguna pensión a su esposa y se librará de ella con toda legalidad— dijo el detective, apoyando una mano en mi hombro.

Pero yo no podía hacer las cosas con semejante frialdad, con toda indiferencia. ¡Oh, no, por todos los diablos! Yo debería enfrentarme a Jill, desenmascararla, ultrajarla, hierirla, destruirla... Pagué a Justin Brown la cantidad que habíamos acordado y guardé las fotos en mi caja alquilada del Banco.

Aquella tarde me emborraché hasta embrutecerme. Cuando volví a casa era de madrugada y Jill dormía confiadamente en nuestro lecho matrimonial.

Retrocedí, busqué mi pistola de reglamento en el armario, me desnudé y me acosté junto a mi esposa.

El calibre del arma era un 45. Quitó el seguro, aproximé el cañón de la pistola a la frente de Jill y presioné el dedo sobre el gatillo...

En aquel momento, ella deglutió saliva, ronroneó, alzó una mano y se abrazó a mi cuello dulcemente, aunque estaba profundamente dormida.

Aquel gesto me trastornó. ¡Dios santo, no, no, yo era incapaz de asesinarla a sangre fría, enviarla al otro mundo mientras ella dormía...!

CAPÍTULO II

Me dolía todo el cuerpo tras la larga noche de vigilia con los nervios en tensión. De todas formas, debí quedarme dormido al alba, porque desperté muy tarde, algo después de las doce del mediodía. Estaba solo en la cama. De un respingo me alcé, palpé bajo la almohada, buscando la pistola. ¡No estaba...!

Presté atención. Jill canturreaba alegremente en algún lugar de la casa. Me levanté, fui al baño y tomé una prolongada ducha fría con el ferviente deseo de despejar mis alocados pensamientos. La puerta del baño se abrió mientras yo permanecía aún bajo el agua. Corté el chorro con un movimiento brusco: Jill estaba en la puerta y me contemplaba con fruición. Estaba repasando centímetro a centímetro mi cuerpo y en su rostro había una expresión de admiración y profundo deseo.

—Jason, eres... maravilloso —dijo, sin ambages—. Y te quiero. Pero ahora ven a comer.

He preparado un almuerzo succulento.

Se fue. Yo me sentía desquiciado. ¿Podía darse tamaño cinismo en una mujer?

Cuando me vestí, fui a la cocina. Jill se había puesto una bata azul que le confería un aspecto entrañablemente hogareño y acababa de disponer la mesa para dos.

—Bebiste un poco de más, Jason —me recriminó, sin acritud—. Estuve esperándote hasta muy tarde, pero el sueño me venció —puso una fuente de jamón en la mesa y me señaló acusadoramente con un dedo—. Ah, y no seas tan descuidado, Jason: encontré tu pistola bajo la almohada. Estaba cargada y sin el seguro. ¡Dios mío, me asusté tanto imaginando que pudo dispararse y matarte accidentalmente...!

Aquel comentario me dejó pasmado y sin fuerzas para reaccionar. Comí en silencio, mientras ella parloteaba incesantemente como si fuera lo más natural del mundo.

Me sentía tan trastornado que era incapaz de tomar una resolución en uno u otro sentido. Jill era una mujer fuera de toda lógica, ¿cómo podría catalogársela? ¿Hipócrita, disimuladora, fríamente inteligente o... inconsecuente, frívola o ingenua hasta la locura?

Una mujer que mantenía relaciones sexuales con varios hombres debería sentirse exhausta. Y su conducta, en relación con su esposo, debería transparentar lógicamente la tensión a la que debía sentirse sometida.

Con Jill no ocurría nada de ello. En casa, se mostraba cariñosa, dedicada a hacerme la vida amable, apasionada, ansiosa de mi cuerpo y de mi afecto.

Un caso de desdoblamiento de personalidad, sin duda. ¿Sufría una paranoia, algún otro tipo de desequilibrio mental?

Transcurrió una semana. Jill seguía saliendo extemporáneamente y yo sufría lo indecible imaginando que iba a reunirse con alguno de sus numerosos amantes.

De tanto pensar en aquel asunto, perdí el apetito, enflaquecí y comencé a padecer de los nervios.

A veces me decía:

—Indudablemente, si sufre algún desequilibrio mental o desdoblamiento de la personalidad, Jill no es responsable.

Decidí llevarla a un psicoanalista antes de que mi propia salud mental se deteriorara demasiado. El pretexto estaba al alcance de mi mano: en dos años no habíamos tenido hijos. En secreto, yo me había sometido a unas pruebas médicas, con el resultado concreto de que yo podía hacer engendrar hijos a Jill. Por amorosa delicadeza, yo no había hablado en tal sentido a mi esposa, aunque parecía claro que ella era estéril.

Una mañana que Jill parecía especialmente alegre, abordé el tema. Le dije que anhelaba tener un hijo, que me había sometido a pruebas... Ella comprendió enseguida y exclamó jubilosa:

—Si diav un tratamiento que yo pueda seguir, por mí encantada, Jason. Sinceramente, creo que te mereces ese hijo. Haré lo que tú quieras.

La llevé dos días después a la consulta del doctor

O'Cleare

, un psiquiatra.

O'Cleare

era un viejo amigo de los tiempos de la escuela secundaria y desde el primer momento se ofreció a ayudarme. Para que Jill no sospechase, cambió la placa de su puerta por otra en la que se anunciaba como especialista en tratamientos genéticos.

Lo demás fue fácil. Con la disculpa de conocer sus antecedentes familiares,

O'Cleare

sometió a mi esposa a una serie de exhaustivos tests y otras pruebas psiquiátricas durante más de dos semanas.

Al cabo de aquel plazo, me entrevisté con mi amigo con la natural angustia.

O'Cleare

parecía, muy preocupado. E incluso indeciso.

—Es difícil tener que hablar claro a un amigo —empezó.

—Pues eso es precisamente lo que necesito. Por favor, Angus: es preciso que conozca la verdad. ¿Qué tipo de desequilibrio mental sufre, Jill? Me miró, compasivo, a través de los cristales de sus gafas.

—Se trata más bien de un desequilibrio físico —declaró. Titubeó un momento, mientras jugaba, nervioso, con su bolígrafo de plata, pero finalmente se decidió—: Jason, lo que padece tu esposa se conoce con el nombre de ninfomanía. —¿Ninfomanía?— clamé, atónito.

—Sí —respondió categóricamente—. Una alteración o hiperfunción del estímulo sexual. Para decírtelo con pocas palabras: ella no puede vivir con un solo hombre, necesita a todos los hombres que caigan en sus manos. •Quizá no sea culpable del todo...

Me derrumbé física y moralmente. ¡Jill, una ninfomaniaca...!

—Mi consejo sólo puede ser uno: el divorcio —añadió Angus
O'Cleare

, cuando al fin separé mis manos del rostro y le miré con las facciones crispadas por el horror.

—¿No... no puede haber una solución médica? —pregunté,

asiéndome a un clavo ardiente.

—Puede intentarse, pero no te doy seguridades de alcanzar éxito. Créeme que lo siento de veras, Jason. Hubiera preferido que fuera otro el que te hubiera descubierto todo esto...

* * *

La cerveza se había terminado. Una docena de botellas manchadas de arena se amontonaban junto a la nevera. A mi alrededor, la playa estaba llena de cigarrillos a medio consumir...

El sol estaba poniéndose, aunque la temperatura era muy alta todavía. Allá, a media milla de distancia, Jill —experta nadadora— buceaba, emergía y exhalaba grititos de placer.

Parecía una niña... diabólica. En realidad, era una mujer en cuyas entrañas ardían todos los fuegos del infierno. O eso pensaba yo al menos. El mejor consejo era el que me habían repetido Justin Brown y el doctor

O'Cleare

: divorcio.

La palabra retumbaba seca y obsesivamente en mi bóveda craneana: ¡divorcio, divorcio, divorcio...! Una solución aséptica, incluso honorable. En California, millares de esposas sentían la tentación de poner cuernos a sus maridos. El marido en cuestión repudiaba a la esposa de turno, se separaban sin gritos y así quedaba todo. Pero yo amaba apasionadamente a Jill. Tan apasionadamente que ni siquiera la certidumbre de que ella me había sido infiel innumerables veces era suficiente para anular el amor.

Me desesperaba. Tempestuosas ideas cruzaban en zigzag mi cerebro como rayos tormentosos. Sí, yo amaba a Jill con todo mi corazón. E incluso la hubiera perdonado... de no estar seguro de que ella volvería una y otra vez a acostarse con cualquier tipo bien plantado, porque, eso sí, Jill tenía buen gusto para escoger a sus amantes. Pero había algo más. Una cólera sorda se estaba incubando en mi interior. Podía divorciarme, pero la frustración no me dejaría vivir tranquilo en ningún lugar de la tierra. De hecho, desde el momento en que supe la verdad de boca de Justin Brown, el detective, sólo una cosa podía atenuar mi bronca excitación

interior: el trabajo. Y sobre todo, el deporte rudo, duro y continuado, al que tan aficionado era desde la adolescencia. La tarde anterior, yo había fracturado cuatro costillas a Fred Rubio, en uno de aquellos salvajes combates de lucha «alcan» que practicábamos en el gimnasio de la Base. Era algo detestable: yo desahogaba mi rabia interior contra personas inocentes, contra amigos que nada tenían que ver con mis problemas personales.

El propio general Barton había descubierto la tempestad que se desarrollaba en mi mente. Me había separado del servicio temporalmente, aunque él lo había justificado con la palabra «vacaciones». Jill daba grititos gozosos, a pocos metros de la orilla ahora, mientras se dejaba empujar por las olas, más potentes y voluminosas ya.

El divorcio. He ahí la perfecta solución. ¿Pero quién sería yo después de haber separado legalmente a Jill de mí? Me atormentaría sin tregua, imaginando que otros hombres acariciaban sus duros senos o palpaban descaradamente su entrepierna.

No. Decididamente, el divorcio no era ninguna solución. Era preciso encontrar una salida más... tajante. En definitiva: yo necesitaba calmar aquel frío fuego interior que corroía mis entrañas. La idea se hinchaba más y más, como un gigantesco globo insuflado por el potente gas: debía matarla, era absolutamente preciso extirpar el mal que latía en el bellísimo cuerpo de Jill O'Malley
, mi queridísima esposa.

Parecía, sin embargo, que las circunstancias estaban a favor de ella. Se había salvado de una muerte cierta aquella noche en que yo apoyé el cañón de mi pistola en su frente... Desafiaba locamente aquel mar infestado de tiburones, barracudas y oreas, conducía temerariamente nuestro automóvil a ciento ochenta kilómetros por hora y... salía siempre milagrosa e increíblemente indemne, jubilosa, como si no diera apenas importancia a su vida.

Jill corría hacia mí, ágil como una gacela dorada, esparciendo a contraluz gotitas de agua que se convertían en rubíes al ser traspasadas por los rayos del rojizo disco solar.

—Dame el albornoz, ¿quieres? —pidió con voz cantarina.

Me puse en pie lentamente, abrí la bolsa y puse sobre su mojada espalda la prenda que me pedía. Y entonces tuve la tentación. ¡Era

tan frágil el cuello de Jill! Bastaría que mis nervudas manos lo aprisionasen y... No sería muy largo ni penoso, no haría falta esperar a que muriera por asfixia, pues mis duros dedos le romperían el cuello sin dificultad.

—¡Jason! ¡Estás haciéndome daño! —gimió ella, sorprendida, pero sin demostrar miedo.

Aparté mis manos, murmuré una disculpa... Jill peinó sus cabellos cuidadosamente, se puso un sombrero y dijo:

—¿Vamos? —Y me precedió caminando graciosamente sobre la arena en dirección al coche, distante treinta metros.

Cuando llegué, ella se había acomodado tras el volante. En cuanto puse el bolso y la nevera tras nuestro asiento, ella arrancó con brusquedad y los neumáticos derraparon espectacularmente sobre la blanda arena hasta que, por fin, el automóvil partió como una flecha pendiente arriba hasta alcanzar la carretera.

Jill dilataba las finas aletas de su nariz a medida que el coche aumentaba su velocidad hasta superar los ciento cincuenta kilómetros por hora.

Sus facciones, ávidas, demostraban plenamente el goce que le producía la sensación de riesgo inminente.

«¿Y por qué no? —me dije—. Ésa sería una buena solución: matarnos los dos. A menos de un kilómetro está el acantilado... Si Jill fuese incapaz de dominar el vehículo en la pronunciada curva, el coche saltaría por encima de las bandas metálicas de protección y...».

—¡Pisa, aprieta más el acelerador! —grité de pronto, enfebrecido.

Jill me dirigió una extraña mirada.

En aquel momento, un coche se cruzó con el nuestro. Distráida, Jill conducía por el centro de la estrecha carretera... De repente, un frenazo horrisono, un bandazo violento, abajo se vio un retazo de mar azul...

«Ya», pensé.

Abrí los ojos. El coche se había detenido en mitad de la curva y Jill aspiraba con fuerza el aire yodado. Sus senos se escapaban por el escote del bikini.

—¡Uf! —gimió, ebria de placer—. Ha sido muy... muy emocionante, Jason. Pero demasiado peligroso: pudimos salir de la

carretera y estrellarnos contra esas rocas —señalaba los erizados peñascos que se erguían por encima de una caída vertical de unos setenta metros—. Ésa hubiera sido una hermosa solución— pensó, chasqueado, aunque el terror atenazaba mi corazón.

Jill puso el motor en marcha y arrancó. Cosa extraña: nunca la he visto conducir con mayor prudencia que en aquella ocasión. Apenas superó los setenta kilómetros por hora y cuando llegó al cruce se detuvo suavemente ante la señal de «stop» que siempre solía saltarse temerariamente.

Cuando llegamos a nuestra casita de San Fernando Valley era de noche.

Jill fue a bañarse; yo me dirigí a la veranda con una botella de *whisky* en la mano.

Una hora después me había emborrachado concienzudamente. Jill había puesto una música dulzona y sensual que excitaba los sentidos. Poco después vino y puso algunas viandas sobre la mesa: _ fiambres, ensalada, frutas... Y otra botella de *whisky*.

—Puesto que te veo tan mohíno y desganado —yo apenas si probé bocado—, puesto que te veo beber como una esponja, lo mejor será que yo me ponga a tu mismo nivel —dijo, burlona. Y se sirvió una buena ración de *whisky* en un vaso lleno hasta la mitad de cubitos de hielo.

Se había vestido unos «*shorts*» blancos preciosos y sus muslos bronceados brillaban tentadoramente. Hacía más de una semana que no hacíamos el amor —por causa, claro está, de mis borrascas psíquicas— y de pronto advertí que se desataba en mí un deseo furioso e impaciente. Bruscamente la tomé por la cintura, la senté sobre mis piernas y la besé tan brutalmente como jamás lo había hecho hasta entonces. La traducción de aquel gesto estaba en mis pensamientos: «En realidad, estoy gozando del cuerpo de una bella prostituta».

Ella comenzó a ronronear y respondió a mis caricias sin sospechar nada extraño. Sabiamente palpó mi cuerpo y logró llevarme a niveles de incandescencia tales que sólo podían apagarse en un lugar: la cama.

Logró ponerme en pie, pasó una mano por mi cintura y así nos arrastramos hasta la alcoba. Luego hicimos el amor furiosamente varias veces, hasta que Jill quedó exhausta.

Poco a poco su respiración fue apaciguándose y minutos después dormía apaciblemente, absolutamente relajada y feliz.

—Ahora es el momento —me dije—. Ella no sentirá nada. Será un solo instante y sus vértebras saltarán rotas. Un fácil y apacible trasunto al Más Allá.

Me escurrí fuera de la cama, increíblemente seguro mis pasos, y busqué la botella de *whisky*. Bebí de forma bestial, buscando los ánimos que aún me faltaban.

Cuando volví a la alcoba y miré a Jill, me desfondé. Ella parecía una niña; con los brazos cruzados al pecho, dormía serena y confiadamente.

¡Imposible, imposible! ¡Jamás conseguiría reunir las fuerzas suficientes para hacer tal monstruosidad a sangre fría...!

Lentamente retrocedí y seguí bebiendo.

Era la única salida: embrutecerme, hundirme miserablemente en los vapores alcohólicos para ahogar la angustia que me estaba matando.

CAPÍTULO III

El prolongado timbrazo repercutió tan dolorosamente en mi cráneo, que me vi obligado a incorporarme de un respingo en la cama. Naturalmente, aquella conmoción multiplicó mis padecimientos hasta un límite insufrible.

—Menuda trompa —pensé vagamente, recordando el *whisky* trasegado la noche anterior. El timbre del porche volvió a martirizarme con su penetrante resonancia metálica.

—¡Oh, oh, oh! —murmuré quejumbroso, atenazando mi cabeza como si de momento a otro fuese a explotar en mil pedazos. Y logré echarme fuera de la cama con lastimosa inseguridad.

Me sentía materialmente molido, deshecho. Miré mi reloj de pulsera y averigüé que eran poco más de las once.

Hice un esfuerzo por recordar... ¿Había citado a alguien o era un emisario del general Barton, que me necesitaba urgentemente?

Lo recordé bruscamente. Debía ser Pell Brando, al que había invitado a una jornada de pesca en alta mar unos días atrás.

Logré arrastrarme hasta la puerta y abrí, malhumorado. En efecto, allí estaba el delgado Pell Brando, teniente de los servicios de seguridad de la Base Aérea.

Vestía un complicado traje de pescador y llevaba a la espalda un voluminoso equipo de pesca. Deduje que Brando había dedicado muy pocas horas a tan apacible deporte, a juzgar por lo sofisticado y estrambótico de sus trebejos, todos relucientes, a estrenar.

Pell me dirigió una lenta y minuciosa mirada. Debió considerar mis cabellos en desorden, los ojos morados, la faz pálida y mi aspecto general de decaimiento, porque chasqueó la lengua, defraudado, y dijo:

—Supongo que tendremos que posponer nuestra jornada de

pesca...

Pase una mano por mis enrojecidos párpados. Cuando separé los dedos, advertí que el tiempo se había estropeado: al luminoso sol y al limpio cielo azul del día anterior, habían sucedido negros y espesos nubarrones que ponían un tinte sombrío en el horizonte.

Consideré por encima lo que acababa de decir Pell. Posponer la jornada de pesca. ¡Magnífico, otro día nos haríamos a la mar en la canoa y pasaríamos doce o catorce horas en el océano, enredando nuestros sedales, describiendo despreocupadamente nuestras falsas hazañas pesqueras y dándole de lo lindo a la cerveza y al *whisky*! Nada mejor para mí que Brando comprendiese que yo no estaba en condiciones de afrontar todo un día en el mar. Podía decirle: «Gracias, amigo, eres muy comprensivo. Intentaré que lo pases bien el próximo día...».

Pero... Pell Brando había hecho más de ciento cincuenta kilómetros para llegar a mi casita y posiblemente aquél sería el único día libre para el en los siguientes dos meses, pues su trabajo en la Base le absorbía.

—Nada de eso —me apresuré a responder—. Confieso que anoche bebí un poco de más, pero me recuperaré en poco tiempo. Pasa, Pell... Deja tus trebejos por ahí. Ven. Prepararé café para los dos. Brando traspuso la puerta, dejó su aparatosa carga en el vestíbulo y me siguió hasta la cocina. —Escucha, Jason, ¿de veras te sientes con fuerzas para salir al mar? Ya sabes que yo...

—Ni una palabra —le corté, tajante—. Tú estás demasiado ilusionado con la pesca como para que yo te deje volver a Los Ángeles con las manos vacías. Vamos, siéntate. Prepararé rápidamente un desayuno.

—¿Jill? —preguntó Brando, al tiempo que tomaba asiento.

—Duerme aún —respondí. (Al salir de la alcoba, yo me había vuelto un momento hacia el lecho y vi sus rubios cabellos desparramados sobre la almohada. Su cuerpo estaba cubierto apenas por la sábana).

Enchufé la cafetera, puse el agua y el café... La cabeza me dolía horriblemente y mi estado general era fatal, pero no había más remedio que afrontar la situación y dar su día de pesca a Pell, que parecía tan ilusionado con la pequeña aventura. Busqué una botella de ginebra y vertí un buen chorro en un vaso. Cuando se lo ofrecí,

Pell le rehusó con un gesto, de modo que me bebí el licor de un trago. El alcohol labró surcos de sangre en mi dolorido esófago, pero un momento después comencé a sentirme mejor.

Hice huevos fritos, jamón y tostadas. Cuando el pequeño banquete estuvo preparado, puse la bandeja sobre la mesa y Brando y yo comenzamos a comer. A mí me costaba un enorme esfuerzo tragar la comida, pero Pell masticaba con envidiable fruición.

Cuando terminamos, recogí los cacharros y pregunté a Pell:

—¿Has traído tu coche?

—Desde luego. ¿Cómo iba a llegar hasta aquí, si no?

—Muy bien. Iremos en él hasta el amarradero del puerto de San Damián. De esta forma, Jill contará con nuestro coche, por si necesita bajar al pueblo a hacer sus compras. Por la comida no hay que preocuparse: el frigorífico de mi embarcación está abarrotado de víveres y bebidas.

—¿En marcha, entonces? —preguntó mi amigo, anhelante.

—Espera un momento. Voy a ponerme ropa adecuada y a despedirme de Jill. No estoy seguro de haberla avisado de nuestra cita. Volveré en unos minutos.

La ventana de dos hojas estaba abierta. Uno de los dos cristales estaba roto.

No me sorprendió demasiado que el cristal se hubiera roto: la ventana era vieja y el viento había soplado furioso la noche anterior, presagiando el cambio de tiempo que hoy era ostensible. Lo que me disgustó fue que Jill hubiera abierto la ventana, pues en aquella habitación solían colarse los murciélagos frugívoros que abundaban en la comarca, razón por la cual yo siempre mantenía cerrada la ventana.

La cerré, pues, y cambié mis ropas del día anterior por otras deportivas, atractivamente deslucidas. Cuando bajé, Pell se disponía a recoger sus cosas del vestíbulo.

Le hice un gesto y fui a la alcoba para despertar a Jill y prevenirla de nuestra marcha. En el fondo, me sentía satisfecho: un día entero en el mar dedicado al duro deporte y alejado de mi esposa, tal vez me ayudaría a poner mis ideas en claro.

Jill permanecía en la misma posición que yo la había visto cuando los timbrazos de Brando me despertaron.

La toqué suavemente.

—Jill...

Pero no se movió. Entonces la zarandeeé con más fuerza.

—¡Despierta, Jill!

La sábana que la cubría se deslizó suavemente sobre el moreno hombro. No podía ver su rostro, oculto bajo los cabellos, pero acaricié su brazo e insistí:

—¡Vamos, Jill, despierta! Pell Brando está aquí. Le prometí un día de pesca, ¿comprendes? Los dos estamos dispuestos y...

Callé bruscamente, me atraganté.

El brazo que tocaban mis dedos estaba frío como el hielo.

Movido por un súbito presagio, tomé su cuerpo por los hombros y lo giré hasta quedar boca arriba.

Entonces vi su rostro helado.

Las bellísimas y exóticas facciones mostraban un rictus desesperado, sobrecogedor.

Y los ojos desorbitados.

La faz cenicienta.

La lengua, negruzca e hinchada, sobresaliendo entre sus blancos y menudos dientes.

Y además aquellas huellas de moraduras en el fino cuello, las manchas violáceas, las huellas de duros dedos sobre la piel aterciopelada.

Jill yacía sobre el lecho matrimonial como una muñeca rota, como el frágil juguete abandonado en las manos de un niño monstruoso. Estaba muerta. Fría, helada, sin vida, espantosamente inmóvil, desmadejada.

—¡Jill...! ¡JILLLL! —grité con un gemido bestial. Luego, como una bestia salvaje, me incorporé y corrí hacia el armario.

La pistola estaba allí; Jill se había cuidado de devolverla a su escondrijo habitual.

Rápidamente, la cogí de un manotazo, introduje el cañón en mi boca y apreté el gatillo, decidido a borrar de mi mente la visión de mi esposa estrangulada.

Aguardaba anhelante el estallido, la explosión final, el grueso pedazo de plomo que perforaría la bóveda de mi paladar y haría saltar en pedazos mi masa encefálica, enviándome al infierno.

No pasó nada. El gatillo apenas había cedido un milímetro y yo estaba vivo.

Durante unos segundos, contemplé con expresión estúpida el arma... antes de advertir que el seguro estaba echado. Jill, siempre cuidadosa, se había asegurado de que la pistola no se dispararía accidentalmente.

Quitó el seguro con un movimiento brusco del pulgar. Ya me disponía a disparar de nuevo cuando Pell apareció en la puerta de la alcoba. Su mirada tropezó con el cadáver de Jill y luego giró hacia mí.

—¡Por amor de Dios, Jason! —gritó—. ¿Puedo saber qué diablos está pasando aquí? Bajé el brazo armado con lentitud. No, en presencia de Pell era incapaz de suicidarme. No sé por qué, sentimiento extraño, me parecía que quitarse la vida era algo muy íntimo como para llevar a cabo tal acto en presencia de personas ajenas.

La pistola cayó sordamente sobre la alfombra. —Acabo de descubrirlo, Pell— murmuré torpemente—. Finalmente, anoche debí estrangular a mi mujer. Está muerta.

CAPÍTULO IV

Pell no dijo riada. Me imagino que su estado de ánimo no era el más adecuado para hacer comentarios en aquel momento.

Yo me sentía demasiado desquiciado para poder recordar muy bien lo que hizo, pero supongo que debió cruzar la habitación, inclinarse sobre el cuerpo de Jill y tomarle el pulso o comprobar si su corazón latía.

—En efecto, está muerta, Jason. ¿Cómo pudiste hacerlo? —exclamó.

—¡No lo sé! Supongo que tenía que ocurrir así —pronuncié con voz lúgubre y tan pastosa que ni yo mismo era capaz de reconocerla—. Había pensado en ello desde hacía tiempo.

—Comprendo —susurró.

De repente, me sentí indignado.

—¡Comprendo, comprendo! ¿Qué puedes comprender tú? —grité con voz desmayada.

Pell se frotó las manos, indeciso.

—Bueno, oí algunas conversaciones entre oficiales amigos. Al parecer, todos consideraban a Jill como una mujer... particularmente propicia. Lo siento, Jason. Nada más lejos de mi ánimo que herirte. No debí decir nada. Desde que escuché esos comentarios, decidí mantenerlos en secreto para no hacerte daño.

Me tambaleé. No quería mirar a Jill, no quería contemplar aquella horrible expresión de supremo horror, de desamparo infinito.

Pell me tomó por un brazo y me sacó de allí.

—Vamos a tomar un trago, Jason. Creo que también yo lo necesito ahora con urgencia.

Me dejé caer sobre una silla, en la cocina, mientras Pell buscaba

la botella de ginebra y me ofrecía un vaso lleno hasta los bordes. También él se sirvió un chorrito que paladeó despacio.

Luego encendió dos cigarrillos y puso uno en mis labios. Volvió a llenar mi vaso y yo noté el efecto del alcohol recorriendo tumultuosamente mis venas.

Así, bebiendo y fumando, permanecemos durante un largo rato. Yo rumiaba obsesivamente mi desesperación.

Pell Brando me miraba en silencio, compadecido. —Jason, ¿por qué no me lo cuentas todo?— dijo al cabo—. No dejes dentro de ti el infierno que estás sufriendo. Mientras hablas irás desahogándote.

En efecto, era preciso que hablara. Porque en caso contrario explotaría. De vergüenza, de dolor, de pena...

Le expliqué todo lo que sabía de Jill. Sus devaneos, sus amantes, sus infidelidades, las pruebas que había conseguido...

Pell se mostró muy interesado respecto a esto.

—Dices que contrataste a un detective. ¿Cómo se llama?

—Justin Brown, un hombre pequeño y delgado, pero sumamente eficiente en su profesión. El me demostró la verdad sobre mi esposa.

—¿Quiénes eran sus amantes? Perdona, Jason; no respondas si esto te hace sufrir.

—¿Qué más da? —respondí con fiereza—. A pesar de todo, yo quería a Jill apasionadamente y ahora la he destruido. ¿Sus amantes? Unos cuantos oficiales de la Base, un empleado civil, otros cuantos individuos a los que desconozco... Le hablé de mis dudas, de mis angustias. Y también de cómo, apurando las posibilidades hasta el final, había llevado a Jill a la consulta del doctor Angus O'Cleare

, buscando una solución a su terrible problema.

—¿Qué dijo

O'Cleare

? —preguntó con morbosa avidez, aunque disimuló su curiosidad con un ademán afectuoso.

—Que Jill no estaba loca. Que, sencillamente, era una ninfomaniaca. Esto me enloqueció. A cada momento me la imaginaba en brazos de otros hombres, acariciada y estremecida de placer por otras manos que no eran las mías... Muchas muchas veces pensé en el crimen. El divorcio para mí no resolvería nada... Pero en el fondo no me sentía con fuerzas para matarla. ¡La quería

tanto! La verdad es que todavía no puedo explicarme cómo llegué a hacerlo. Ni siquiera lo recuerdo... —Dijiste que habías bebido mucho— indicó Pell, poniendo una mano sobre mi hombro—. Supongo que fue un rapto de locura... Por otra parte, el exceso de alcohol debilita la memoria. No es extraño que no recuerdes nada. Dime, ¿qué piensas hacer?

Me estrujé el cráneo con desesperación.

—¿Qué puedo hacer? Cogeré el teléfono, llamaré a la policía, declararé que he estrangulado a mi, esposa. Eso es todo. Tal vez me dispare un tiro en la cabeza a la primera ocasión —respondí. Pell me sirvió un nuevo vaso de ginebra. Luego tomó una silla y se sentó frente a mí.

—Escúchame, Jason. Desde luego, eres tú quien debe tomar una decisión. De momento, no me separaré de ti hasta estar seguro de que has pasado este bache... Luego es preciso que reflexiones con calma. Has matado a tu mujer, eso parece evidente. Pero ¿es que acaso ella no se lo merecía? Tengo que ser absolutamente claro contigo: has sido el hazmerreír de la oficialidad de la Base. Tu esposa se ocupaba de ello. Si ahora te entregas a la policía, habrás terminado de destruir tu vida. ¿Crees que ella se merece ese sacrificio?

—¡Calla! —rugí, furioso.

—Me das miedo, Jason. Sé que puedes destrozarme con las manos, pero la amistad que nos une me obliga a aguantarme el miedo y a intentar ayudarte. Por favor, ten serenidad y piensa. Ese detective, Brown, te ofreció pruebas concluyentes. Tu mujer era como... era, para qué vamos a hablar más. Yo creo que no eres totalmente responsable de su muerte. Fue en un rapto de locura, influenciado por el alcohol. Todo esto, indudablemente, supondría una circunstancia atenuante, pero el estrangulamiento... Bien, quizá sólo te echaran quince o veinte años de condena. Pero tu carrera en las Fuerzas Aéreas quedaría destruida. Cuando salieras de la cárcel te verías convertido en un individuo envejecido, frustrado y arruinado. Es mejor que reconstruyas tu vida, que recojas los pedazos que quedan de ella y trates de vivir.

Alcé de repente los ojos del suelo y miré a Pell.

—¿Qué estás tratando de insinuarme? —Gruñí.

—Seamos sensatos, Jason —respondió Brando—. Aunque sea

duro mencionarlo ahora que está muerta, Jill era culpable. Vivió una vida desordenada e intensa, te traicionó, te hizo daño... No te entregues a la policía, deshazte de su cadáver. Pasadas un par de semanas, puedes acudir a la policía y denunciar a Jill por abandono de hogar...

Me revolví furiosamente. Parte de la ginebra que contenía el vaso se derramó sobre mis rodillas. —¿Cómo puedes insinuarme tal cosa, Pell? ¡Es sucio, descabellado, repugnante, inicuo! ¿No lo comprendes? ¡Yo no he caído tan bajo! Estoy dispuesto a pagar por lo que he hecho— protesté, enfurecido.

Pell se esforzó en apaciguarme.

—Jason, estoy confundido y apenado. Sólo trataba de salvarte, de salvar algo de este desastre en que te encuentras inmerso. Naturalmente, eres tú quien tiene que decidir tu futuro. Pero no olvides que si te presentas a la policía, habrás destrozado tu vida para siempre... En cuanto a la solución que acabo de exponerte, ten en cuenta que estarías a salvo de toda sospecha. En cualquier caso, si la policía se mostrara curiosa, averiguarían quién era exactamente Jill. De ahí a suponer que ella se había fugado con cualquier tipo complaciente, sólo habría un paso. Y tú seguirías viviendo.

—¡Cállate! —rugí, fuera de mí.

—Lo siento. Perdóname. No diré una palabra más —respondió Pell, compungido. Y se alejó hasta la ventana. Durante un rato contempló en silencio el valle y los oscuros celajes que galopaban a través del firmamento.

Entonces me puse súbitamente en pie y caminé pesadamente hacia el saloncito.

Descolgué el teléfono, marqué unos números y dije:

—¿Telefonista? Póngame con el *sheriff* de San Damián.

Todo esto antes de comprender que el teléfono estaba averiado, lo cual no era muy extraño después de los violentos vendavales de la noche anterior.

* * *

Las palabras de Pell Brando retumbaban obsesivamente en mi cerebro.

—Ella era culpable. Te traicionó, te fue infiel, infamó tu nombre, te hizo daño...

—Fue la mala suerte. Tú no querías hacerlo, pero el alcohol...

—Piensa en tu carrera, en las consecuencias... —Saldrás de la cárcel envejecido, vencido, convertido en una ruina...

Habían transcurrido cinco horas. Había bebido mucho, pero, caso extraño, no me sentía borracho en absoluto.

Poco a poco, mi entereza comenzaba a tambalearse.

—De todas formas, ella está muerta. Esto es irreversible, jamás volveré a tenerla entre mis brazos. A ver, analicémoslo todo fríamente. Ciertamente que la conducta de Jill me había hecho mucho daño. Y ahora, entregarme a la policía y confesar, ¿de qué valdría? Sólo conseguiría mi ruina y mi degradación. En cambio, si seguía los consejos de Pell, era muy posible que, al menos, continuase con mi carrera y que incluso ascendiese en poco tiempo, puesto que era uno de los oficiales especializados con más experiencia a mis treinta y seis años.

Un frío de hielo penetraba mi corazón. Yo la amaba. ¡La amaba con todas las fuerzas de mi ser! Pero ella...

Inconscientemente, comenzaba a sentir lástima de mí mismo. Consideraba una estancia de diez o doce años en la cárcel... Cuando saliera, tendría... casi cincuenta años. La prisión probablemente me destrozaría, me aniquilaría. ¿Y luego...? ¿Tendría fuerzas de ánimo para buscar un empleo o tal vez mendigar, vagar como un facineroso por los barrios bajos, tal vez robar, matar...?

Despacio, muy despacio, los razonamientos de Pell Brando iban penetrando inexorablemente en mi mente.

El cielo estaba tan oscuro que apenas penetraba luz a través de los anchos ventanales de la cocina. Me puse en pie lentamente y me acerqué a una ventana. El viento soplaba con mediana intensidad, pero era evidente que en pocos minutos comenzaría a diluviar.

Pell había preparado unos filetes. En realidad, se le habían quemado de forma horrible sobre la plancha y el ambiente estaba aún impregnado del denso olor. A pesar de todo, él había comido un poco, pero yo no fui capaz de tragar un solo bocado, pues tres horas antes había devuelto bruscamente todo lo que contenía mi estómago. Mi amigo estaba junto a la ventana mirando al exterior. De vez en cuando me dirigía una rápida mirada, pero no había

vuelto a hablar de aquel asunto desde hacía horas.

Me acerqué a él y murmuré:

—Pell, por amor de Dios, necesito que me ayudes.

El se volvió vivamente hacia mí.

—Sí, desde luego, Jason. ¿Quieres que te acompañe al cuartel de policía de San Damián? —preguntó con gran interés.

—No se trata de eso —anuncié con voz ronca—. Quiero que me ayudes a vestir a Jill.

—¿Vestirla? —El asombro se dibujaba en sus delgadas facciones, siempre tan pálidas.

—Sí. He decidido no acudir a la policía.

—¿Quieres decir que...?

—Sí —respondí escuetamente. Y me dirigí a la alcoba.

Ya allí, me detuve ante el lecho y me arrodillé.

—Perdóname —murmuré, mientras acariciaba el cuello amoratado de Jill. Y rompí en violentos sollozos.

Cuando logré sobreponerme a aquel momento de debilidad, advertí que Pell estaba temblando. Su rostro pálido se había tornado gris.

CAPÍTULO V

Sollozaba sin poderme contener mientras vestía el cadáver de Jill con sus mejores ropas. La más fina lencería interior, el mejor vestido —aquel azul, de punto, que tanto le gustaba—, las más caras medias, los mejores zapatos...

Pell me ayudaba en silencio, sin pronunciar una palabra. De vez en cuando le veía tragar saliva en silencio. Era lógico: la situación no era precisamente como para hacer comentarios jocosos.

Cuando puse a Jill su abrigo de visón —su único capricho realmente caro—, peiné cuidadosamente sus cabellos dorados y le puse la diadema de plata y diminutos brillantes que había llevado el día que se casó conmigo.

—Ya está —dije con un suspiro.

Sólo faltaba recoger unas mantas, unas láminas impermeables, nada más.

Entonces se produjo un silencio embarazoso. Pell me miraba de hito en hito.

—¿Qué piensas hacer con... con ella? —tartamudeó.

—¿Qué me sugieres tú? —le pregunté.

—No sé... Quizá arrojar el cadáver al mar. He oído decir que... abundan los tiburones, los... marrajos. Y., bueno, ya sabes.

—¿Quieres decir que arrojemos a Jill al océano para que esas bestias despedacen su cuerpo? —pregunté, furioso.

—Bueno, es un medio como otro cualquiera. ¿Has pensado tú en algo?

Cerré los ojos. Por un momento me imaginé a Jill vestida con sus mejores galas, hundiéndose lentamente en las profundidades marinas, acosada de improviso por docenas de monstruos plateados que destrozaban su cuerpo con afilados dientes...

Me estremecí.

—Sé dónde llevar a Jill. Es un lugar no muy lejano, como a unas quince millas. La enterraremos. —¿Quieres acercar tu coche al porche, Pell?— pedí. Brando poseía un «Buick» enorme, con un maletero proporcionado. Pero advertí que mi amigo vacilaba.

—Es que... Verás, está diluviando, Jason. Mi coche posee neumáticos normales, poco útiles para viajar por caminos enfangados. En cambio, tu «Mustang» está dotado de cubiertas «todo-terreno» atrás. ¿No crees que sería mejor utilizar el tuyo? Si lo decías por el maletero, no temas. El cuerpo de Jill puede ir perfectamente acomodado en el asiento trasero del «Mustang». Lo cubriremos con las mantas por si acaso. Pero creo que no hay nada que temer. ¿Quién va a andar por los caminos con una tarde tan infernal como ésta?

—Tienes razón —dije—. Es una tarde verdaderamente infernal.

Salí y corrí hacia el garaje. Dentro yo, tomé un pico, una azada y una pala —útiles que solía emplear en mi pequeño jardín— y los metí en el coche, a los pies del asiento trasero.

Puse el motor en marcha, saqué el coche del garaje, cerré la puerta y conduje hasta el porche. Poco después sacábamos el liviano cuerpo de Jill y lo acomodábamos en el asiento. Las más bellas mantas de nuestra casa —elegidas personalmente por Jill por su hermoso diseño— cubrieron levemente su cuerpo.

Echamos una ojeada y dimos nuestra aprobación apenas con un gesto.

—¿Vamos? —Gruñó Pell.

—Sí —respondí, tras cerrar la puerta del porche con llave.

Arranqué suavemente, como si los bruscos vaivenes del coche pudieran hacer algún daño a Jill.

Jill abandonaba nuestro segundo hogar para no volver. Pensando en ello, mis ojos se humedecieron.

Habían sido dos años muy felices, excepto los dos últimos meses. Dos años llenos de vivencias, de emociones y de goces... Si volvía la vista atrás, un tremendo ramalazo de dolor recorría mi pecho, ahogándome.

Qué lástima, qué profundísima aflicción. ¡Si Jill no hubiera sido «así», ambos habiéramos podido vivir tan felices!

Aún ahora seguía amándola. Jill era como un veneno —como un

dulce veneno— que se introducía en la sangre y nadie podía arrojar luego de allí.

Mi hombría no me permitía aceptar ciertas cosas. Por ejemplo: hubiera deseado no enterarme de las infidelidades de Jill y seguir siendo feliz en su compañía. Ojos que no ven, corazón no siente...

Porque, ¿no era absolutamente cierto que aunque ella se diese a la lascivia y a la infidelidad seguía comportándose conmigo del modo más tierno, entregado y amoroso?

Y yo la había matado. No quería matarla, no me había creído con arrestos suficientes para matarla, pero de alguna forma oscura e inconfesable yo había conseguido echar mis manos a su cuello y había apretado hasta que la vida se escapó de ella. ¡Dios mío, cuánta amargura en esta tarde negra, conduciendo por la carretera bajo cataratas de lluvia...!

De todas formas, Pell tenía razón: apenas transitaba algún vehículo —camiones principalmente— por la carretera.

¿Quién iba a reparar en nosotros? Nadie. Por otra parte, yo ahora no experimentaba el menor temor. El infierno bullía en mi interior y yo ya tenía bastante con tratar de acallar los alaridos de los diablos que estrangulaban lo más recóndito de mis fibras sentimentales.

Pell iba en silencio. Ni siquiera despegaba los labios para hacer un comentario sobre el estado de la carretera, sobre los arroyuelos que a veces cruzaban el firme en las vaguadas o sobre la violencia increíble de la lluvia. Él había acertado plenamente: aquélla era una tarde infernal. Habríamos recorrido unas ocho millas cuando me desvié a la izquierda. El camino llevaba hasta una cantera, pero después la trocha seguía hasta las estribaciones de Ruck Hills.

Hasta llegar a la cantera, no tuvimos el menor impedimento. Yo conducía despacio y el firme era muy cuidado, a base de almendrilla apisonada, con lo cual la marcha del coche era muy regular y segura.

Luego, superada la cantera, la pendiente se hizo más aguda. Torrentes embravecidos de agua color chocolate espumeaban a izquierda o derecha precipitándose tumultuosamente hacia las tierras bajas.

La marcha se hizo más lenta y dificultosa. En ocasiones, las ruedas patinaban sobre el fango y otra vez el coche quedó atrapado

y tuvimos que rescatarlo utilizando el pico y la pala. Por fortuna, a medida que ascendíamos hacia las elevaciones de Ruck Hills el camino era más seco y el piso más rocoso.

De todas formas, llegar hasta arriba nos costó casi una hora, de modo que cuando detuve el «Mustang» muy cerca de la cima eran ya las ocho y estaba anocheciendo.

Pell me miró, dubitativo.

—¿Aquí?

—Sí —dije. Y le tendí un impermeable. Pell pudo ponérselo, aunque dificultosamente, en el interior del coche, pero yo me vi obligado a salir fuera.

Dejé un instante que el agua fría refrescase mi rostro y luego me puse el impermeable.

Dirigí una ojeada a la ladera, distante unos veinte metros. Un año atrás, Jill y yo habíamos asistido a una puesta de sol desde aquel mismo lugar. Ella, arrobada e impresionada, contemplaba la enorme extensión verde del valle con verdadera unción. Pero luego sus ojos se dirigieron a la lejanía. El sol, brillante como un disco de cobre, apareció entonces de entre las nubes y se reflejó en el dilatado océano, que había permanecido oculto a nuestros ojos hasta aquel preciso momento. Noté la presión de los dedos de Jill en mi brazo y su concentrada emoción.

—¡Es... es sencillamente maravilloso, Jason! No me importaría morir ahora mismo, aquí, junto a ti, y gozando de este encantador panorama. ¡Oh, sí, sí! —insistió al ver que yo la miraba con reproche—. Este lugar es hermoso incluso para morir.

«Hermoso incluso para morir», había dicho ella. En el momento en que había decidido no acudir a la policía, yo pensé inmediatamente que debía encontrar un lugar adecuado para que Jill descansase eternamente. Y la idea surgió inmediatamente: las colinas de Ruck Hills.

Pell se impacientó.

—¿Qué esperamos? ¡Se está haciendo de noche! —exclamó, aterido de frío.

Salí con un esfuerzo de mi ensimismamiento, volví al coche y tomé las herramientas. Tras lo cual me encaminé a la ladera, seguido de mi amigo.

Escogí el lugar minuciosamente. Ya me disponía a comenzar a

cavar, cuando me detuve y miré a Pell fijamente.

—Creo que me estoy comportando como un perfecto egoísta, amigo mío.

—¿Por qué? —preguntó Brando, desconcertado—. Si algún día se descubre esto, tú serías acusado como cómplice mío. Creo que no tengo derecho a exigirte tanto— respondí.

—¡Al diablo! —protestó—. Tú pagaste mis deudas de juego, tú insististe y te esforzaste hasta hacerme olvidar el vicio. Si tú no me hubieras ayudado entonces, mi carrera militar se hubiera arruinado. Por tanto, no hago más que pagarte un poco de lo que hiciste por mí.

—Gracias —dije, emocionado. Y comencé a cavar.

Trabajaba intensamente, con furia, ansioso por descargar mi sombría tensión en el duro trabajo. Pell me ayudó primero con la azada y luego con la pala. Así, en poco más de media hora, habíamos cavado una fosa de más de metro y medio de profundidad.

Entonces di la mano a Pell y éste ascendió de un salto con instintivo temor desde el fondo de la hoya.

—Vamos —murmuré roncamente.

Iba a ser un trago amargo, muy amargo. ¡Enterrar a mi queridísima Jill en el seno de la tierra, sin un triste ataúd...!

Transportamos el cadáver aprisa hasta el borde de la fosa. Yo bajé y extendí cuidadosamente unos plásticos y después puse las mantas como si de un tibio lecho se tratase.

A una señal, Pell me tendió el cadáver y yo lo deposité lentamente sobre el fondo. Puse una sábana bordada sobre el rostro de Jill, pero antes de arroparla me incliné y deposité un ardiente beso sobre su helada frente.

—Buen viaje, Jill —murmuré estremecido. Y las lágrimas brotaron como raudales de mis ojos. Cuando hube arropado perfectamente el cadáver, pedí a Pell la pala y comencé a rellenar la fosa lentamente, con exquisito cuidado, de forma que los terrones no pudieran golpear el cuerpo de Jill.

Luego salté y entre Pell y yo recubrimos completamente la fosa. Chapoteando sobre la ladera, traje hasta tres docenas de gruesas piedras que coloqué adecuadamente y que luego cubrí con tierra húmeda.

Como me alejase un tanto, Pell gritó impaciente:

—¡Jason! ¿Qué haces ahora?

—Busco algo. Unas ramas, unos palos con los que construir una pequeña cruz —dije.

Vino hacia mí como loco.

—Pero ¿cómo se te ocurre tal cosa? Si alguien viese esa cruz, sospecharía inmediatamente. ¿No comprendes que descubrirían el cadáver? Y entonces... ¡entonces todo se habría perdido! —exclamó.

—Tienes razón —dije, al cabo—. Supongo que sólo se trataba de una cursi sensiblería por mi parte.

Volvimos junto a la tumba, vimos que la tierra había sido bien apisonada sobre las rocas, recé una rápida oración y descendimos hasta el coche. Mientras conducía lentamente, cuesta abajo, mis manos temblaban sobre el volante.

Y mis pensamientos se repetían obstinadamente una y otra vez, hasta el infinito. El tema sólo podía ser uno: Jill De acuerdo, ella no era buena, Justin Brown me lo había demostrado con documentos irrefutables. Jill se había comportado como una perdida, como una perra ramera, como una viciosa...

Y yo, Jason

O'Malley

, comandante de las Fuerzas Aéreas, seguía sintiendo un irrenunciable amor por ella. ¿Era esto sensato? ¿Cómo podía seguir amando a una mujer así, aunque ahora, ya, no fuera sino un recuerdo sangrante?

—¡Jill, Jill, Jill! —Seguían murmurando mis labios.

CAPÍTULO VI

Acabábamos de tomar un bocado en un motel próximo a San Damián. Pell se había empeñado en que era absolutamente preciso que yo me alimentase, si no quería caer derrumbado de un momento a otro.

Cuando abandonábamos el restaurante eran las diez de la noche. Íbamos a tomar el coche, cuando me detuve.

—Pell —dije a mi amigo—, no estoy dispuesto a pasar la noche en el *bungalow*. ¡No podría aguantarlo! Los recuerdos me aniquilarían. —¡No seas tonto!— exclamó, tratando de quitarle importancia al asunto—. Es preciso volver allí, ¿no lo entiendes? Ya que has decidido conservar tu libertad, tienes que defenderla por todos los medios. Es preciso que eliminemos toda huella de violencia en la casa. Ya sabes, una mujer que ha meditado con tiempo su plan de fuga no deja una casa patas arriba. Así que, volvamos.

Hablaba con voz firme y decidida, muy seguro de sí mismo. Arguyó razones y más razones y no tuve más remedio que plegarme a sus deseos, aunque deseaba con toda mi alma escapar de aquel lugar e irme a llorar durante horas y horas a algún rincón recóndito.

Seguía lloviendo, aunque con menor intensidad ahora. Pero nuestro camino estaba anegado y el coche chapoteaba aquí y allá y los neumáticos despedían surtidores de rojizo lodo.

Llegamos al fin y dejé el coche en el garaje. —Las herramientas —dijo Pell, cuando ya me disponía a salir—. Hay que lavarlas escrupulosamente. Un poco de barro sería suficiente para incriminarte.

Tenía razón, como siempre. Era curioso: Pell Brando, que había sido fogoso, atolondrado y frívolo en sus años más jóvenes, había

llegado a convertirse en un tipo reflexivo, medurado e inteligente, con el tiempo.

Limpiamos pues las herramientas e incluso las marcas de barro que habíamos dejado sobre las alfombrillas del coche. Después, Pell empuñó la manguera y lavó escrupulosamente los neumáticos e incluso la parte interior de los guardafongos. Cuando terminó, dirigió un vistazo general al coche. Debió encontrarlo de su agrado, porque se enjuagó las manos y dijo:

—Cuando quieras.

Cerramos el garaje y penetramos en la casa. ¡Dios mío, qué vacío parecía aquel hogar sin la presencia de la adorada Jill! Cada rincón, cada pieza de la casa, hasta el más nimio detalle... todo estaba aún impregnado de la personalidad de mi pobre Jill.

Sí, era absurdo que un rudo hombretón como yo suspirase por la ausencia de una mujer como Jill. Pero yo no podía arrojar de mí la congoja que oprimía mi corazón, ni borrar de mi memoria en un segundo lo que se había ido construyendo, paso a paso, a lo largo de dos años.

Pell debía estar observándome y sin duda penetró mis pensamientos, porque palmeó mi espalda y dijo:

—Vamos, vamos, Jason. Es preciso que pongas toda tu voluntad en olvidarla. Hazte cuenta de que a partir de aquí Jill ha desaparecido para no volver.

Y tú tienes que vivir.

Eso era lo lamentable: que yo no podría olvidar fácilmente a Jill. Pero ¿quién era yo? ¿Un cadete enfebrecido, un timorato, un hombre con escasa experiencia sobre las mujeres, que suspiraba inconsolable por la ausencia de la única hembra que había conocido...?

Nada más irreal. La verdad era que había conocido la intimidad de docenas de mujeres jóvenes y hermosas y que había vivido con algunas de ellas varios apasionados romances.

Pero Jill... ¡Jill!

—Vamos a echar una ojeada a toda la casa —propuso Pell.

Le seguí de mala gana al dormitorio. Pell registró cuidadosamente los armarios, las mesillas e incluso los bolsos de Jill. Al fin, cuando pareció satisfecho, me propuso que quemásemos en la chimenea del salón algunas prendas usadas de Jill, tras de lo

cual hicimos la cama y colocamos todo ordenadamente.

Pell no se dio por satisfecho hasta que hubimos hecho otro tanto en cada una de las habitaciones. Cuando subimos arriba, mi amigo se detuvo ante el suelo cubierto de cristales de mi pequeño almacén de efectos deportivos.

—Recojamos todo eso —dijo—. Una mujer ordenada no dejaría esos cristales ahí. Hacia las once de la noche, Pell se dio definitivamente por complacido. Entonces fuimos al salón y nos sentamos con sendos vasos de *whisky* frente al chisporroteante fuego de la chimenea donde aún humeaban los restos de algunas prendas íntimas de Jill. El quemar aquellas cosas me parecía una especie de holocausto inútil, pero no tenía fuerzas para discutir con Pell.

En silencio, ambos bebimos a pequeños sorbos nuestros *whiskys*. Es posible que mis tormentosas facciones no animaran a mi amigo a charlar. Estuvimos así, bebiendo y fumando sin cesar, hasta algo más de las dos de la madrugada.

Yo no tenía el menor deseo de irme a la cama. Porque sabía que allí tendría que enfrentarme a solas con mis pensamientos y, lo que era peor, con los más tenebrosos remordimientos.

Sin embargo, experimentaba una sensación extraña. Aunque tenía todas las pruebas de que yo había estrangulado a mi esposa, de alguna remota forma me sentía libre de aquella culpa. Y no era sencillamente porque me autojustificara con la incalificable conducta de Jill.

—Vámonos a la cama. Si el tiempo mejora, mañana saldremos a pescar —dijo Pell.

—¡Estás loco! ¿Cómo piensas tal cosa? ¡Lo que haré será tomar mi coche y volver a la ciudad! Compréndelo, Pell: esta casa se me caería encima.

Brando me miró fijamente.

—He dicho a varias personas que permanecería dos días contigo, pescando. Eso es lo razonable. Si no quieres inspirar sospechas, haz todo como estaba establecido. Y, por supuesto, nada de volver a la ciudad. Entiende que resultaría sospechoso que tus vecinos te vieran ocupar tu apartamento de Los Ángeles sin la compañía de tu esposa. No, Jason. Si quieres hacer las cosas bien, sigue comportándote como si no hubiera pasado nada.

Me dejé caer sobre la silla, exhausto.

—Mis nervios no lo soportarán —protesté—. El fantasma de Jill me perseguirá a través de estas habitaciones.

—Nada de fantasmas. Dime una cosa: ¿cuántos días de vacaciones te concedió el «viejo» Barton? —preguntó Pell, entornando los ojos.

—Quince. Llevábamos cinco aquí, incluido hoy. ¡No podré soportar diez días encerrado aquí! —gemí.

—Aguantarás. Yo tendré que marcharme pasado mañana, al amanecer, pero tú debes seguir aquí. No es preciso que pases todo el día metido entre estas cuatro paredes: puedes salir a pescar y bajar al pueblo. Procura sonreír a los vecinos y mostrarte despreocupado, intrascendente. Puedes hacer algo más: cuando entres en alguna tienda a comprar, puedes fingir que llamas por teléfono a tu esposa. Resulta una treta muy convincente y práctica —pronunció Pell sin inmutarse.

Le mire entonces, con enorme curiosidad. —Es increíble, Pell, estás en todo, lo controlas todo. No creo que el mejor agente secreto se comportase de forma tan eficaz como tú. ¡Ni un solo detalle se te escapa!— exclamé, admirado.

Pell sonrió modestamente.

—Bueno, no soy un agente secreto. Pero no debes olvidar que soy un oficial de seguridad, es decir, un policía militar. Pero volvamos a lo que estábamos hablando. ¿Qué me respondes?

Encendí un nuevo cigarrillo con ademanes nerviosos.

—No sé... En fin, lo intentaré. Pero no puedo asegurarte que mis nervios no vayan a dispararse en cualquier instante —respondí.

—Procura dominarte. Y ahora, vámonos a la cama. —¡No! Lo siento, Pell, me sería imposible acostarme en la cama en que ella...

—No duermas allí, si no quieres. Hay dos dormitorios más, ¿no? Yo dormiré en uno de ellos y tú en el otro. O si lo prefieres, puedes dormir aquí mismo. Ese diván parece muy cómodo —dijo. —Tal vez duerma ahí— respondí—. Pero no esperes por mí, fumaré un par de cigarrillos más y tal vez tome un trago. Luego me echaré. En cuanto a tu habitación, está preparada. Es la primera del pasillo.

—Muy bien —asintió—. Buenas noches, Jason. —Buenas noches, Pell. Nunca olvidaré lo que estás haciendo por mí— le dije.

Pell hizo un gesto vago con la mano.

—Siempre fuiste un buen amigo. ¿Qué otra cosa podía hacer? —

exclamó. Y desapareció.

Por mi parte, me puse en pie, arrastré el diván hasta el fuego, eché unos troncos a la lumbre y me acomodé después de verter un poco más de licor en mi vaso.

Me sentía como vacío, inútil para cualquier otra cosa que no fuera suspirar por Jill y compadecerme a mí mismo.

Contemplando el cabrilleo de las llamas, pensaba, pensaba y pensaba sin cesar.

—¡Dios mío! ¿Cómo fui capaz? ¿Cómo, cómo, cómo, por amor de Dios? —me pregunté. Miraba mis manos, fuertes y duras, de forma obsesiva.

—Manos manchadas, manos de asesino, manos de enterrador —murmuré.

Era una maldita pesadilla, un atroz sufrimiento constante, que me obligó a ponerme en pie, intranquilo, y a pasear como un león enjaulado de un extremo a otro del confortable *living* que Jill se había encargado de decorar con innegable buen gusto.

Jill. ¡Siempre Jill!

Sin proponérmelo, caminé pasillo adelante y me detuve ante la habitación de Pell. ¿Quizá necesitaba algo?

Empujé suavemente la puerta y escuché un momento. Enseguida percibí la suave y rítmica respiración de mi amigo: Pell había caído como una piedra sobre el lecho.

No era extraño, si se tenían en cuenta las emociones de aquel día y el duro ejercicio realizado para abrir la tumba.

—Además, Pell tiene la conciencia tranquila —me dije, tristemente. Y volví a mi diván del salón.

Bebí y fumé desordenadamente, contemplando, abstraído, el flamígero movimiento del fuego. Lentamente transcurrieron las horas de aquella noche de vigilia.

Al amanecer, completamente envarado y dolorido, me alcé del diván y comencé a disponer lo necesario para la jornada de pesca.

El cielo estaba raso y sólo soplaba una ligera brisa. La borrasca de la tarde anterior se había esfumado y pronto volvería a lucir el sol.

CAPÍTULO VII

Estábamos a unas sesenta millas de la costa y mi hermosa lancha se balanceaba suavemente de proa a popa.

En lo alto brillaba un sol radiante y no se veía una sola nube en todo el horizonte.

Parecía mentira. La violenta tempestad del día anterior se había alejado sin dejar la menor huella. Hacía un calor sofocante, propio de principios del verano. Dentro de la cámara, el pequeño frigorífico apenas daba abasto para enfriar toda la cerveza que nosotros bebíamos.

Pell pescaba, encandilado. De vez en cuando dirigía irresistibles miradas al pez espada que descansaba en cubierta, un hermoso ejemplar de veintidós kilos. Pell lo había pesado ya tres veces, desconfiando quizá de la eficiencia de mi báscula portátil.

Daba el perfecto tipo del aficionado febril. Si bien era evidente que poseía poca práctica, aprendía con facilidad los trucos de la pesca deportiva y llegaría a ser un gran pescador en pocos meses. Ahora permanecía atento, casi tenso, en la popa, sosteniendo la caña metálica, pendiente de la menor vibración del sedal. Se había quitado el suéter y tomaba el sol de la tarde con el torso desnudo. Era delgado y esbelto, en verdad, pero su cuerpo era fibroso, muy bien musculado, aunque sus brazos carecieran de volumen. Parecía un tipo muy fuerte y resistente, y sus nervudas manos de largos dedos sostenían eficientemente la caña.

En cuanto a mí, no tenía paciencia para dedicarme a la pesca aquel día. Me limitaba a preparar cebos para Pell, a mantener el frigorífico lleno de cerveza y a controlar mis pensamientos dentro de ciertos límites.

Le había propuesto a Pell que troceásemos y limpiásemos el pez

espada para asar unos filetes a la plancha, pero mi amigo se opuso decididamente. —Ni hablar— dijo—. Me quedaría sin comer una semana con tal de poder llevar este ejemplar a Los Ángeles. Quiero que me hagas unas fotos sosteniendo mi trofeo. Y quizá... quizá lo lleve a alguna parte para que me lo disequen.

Era su primera pieza importante y se sentía orgulloso. Normal.

Al atardecer —hacia las seis y media—, recogimos los trebejos y nos dispusimos a volver. Demasiado tarde, en verdad, pero mi embarcación era muy marinera y desarrollaba más de treinta y cinco nudos. Hacia las ocho y cuarto de la noche amarrábamos en San Damián.

Instintivamente dirigí una mirada hacia las lejanas colinas de Ruck Hills.

—Vamos, olvídalo —dijo Pell. Y palmeó afectuosamente mi espalda.

* * *

Mis nervios se habían relajado un tanto, tras la agotadora jornada en el mar. Nos detuvimos en el motel y conseguimos que guardasen en el congelador el fabuloso pez espada de mi amigo, hasta el día siguiente, en que pasaría temprano a recogerlo.

Poco después de las diez estábamos en casa. En cuanto empujamos la puerta del porche, comprendimos que alguien había estado allí. Algunos sillones volcados o lejos de su sitio habitual y el maremágnum que formaban mis libros apilados de cualquier forma en el suelo, lo denunciaban.

Pell y yo cambiamos una mirada de alarma.

—Calma, no te precipites. Tengo mi pistola —susurró Pell, descorriendo la cremallera de su bolsa deportiva—. Si aún hay alguien dentro, le daremos un buen susto.

Registramos una por una las habitaciones. En casi todas se podía advertir un registro concienzudo, aunque los intrusos no se habían tomado la molestia de dejar los enseres en orden. Sin embargo, no encontramos a nadie. Cuando descendimos, Pell guardó su pistola en la bolsa, pero insistió en que tomásemos unas linternas y echásemos una ojeada al exterior.

Había huellas de unos neumáticos en el camino. Y desde luego el

dibujo no correspondía con las ruedas del «Buick» de Pell ni con las de mi coche.

Lentamente volvimos a la casa.

—No lo entiendo —dije—. ¿Por qué ese registro? ¿Y por dónde entraron? La puerta estaba cerrada con llave. Y cerrada la hemos encontrado al volver.

Advertí que Pell se mostraba inquieto.

—¡Quizá saben que he matado a Jill! —exclamé, excitado—. Naturalmente, ha sido la policía. Quizá han encontrado el cuerpo de Jill, la han identificado y han venido a buscar pruebas definitivas contra mí.

—No, no creo que se trate de eso, porque sólo tú y yo sabemos lo que ocurrió ayer aquí. Debe tratarse de otro asunto... —Pell se mostraba pensativo—. Dime una cosa, ¿tienes dinero en casa?

—¿Aquí? Supongo que habrá unos doscientos dólares. Jill... guardaba el dinero en el cajón de su mesilla —respondí. Y corrí hacia la alcoba.

Un cierto sentimiento supersticioso me mantuvo inmóvil un instante, pero luego encendí la luz, abrí el cajón de la mesilla y saqué un rollo de billetes. —Doscientos diez dólares, en efecto— dije a Pell, que había seguido mis pasos—. Si imaginabas que los tipos que estuvieron aquí eran ladrones, este dinero echa por tierra tu teoría.

Pell no respondió. Volvimos al salón, nos servimos *whisky* y nos sentamos. El fuego estaba apagado, pues la temperatura, pasada la tormenta, era muy agradable.

—Estoy preocupado, Pell —expresé mis pensamientos tras expeler una densa bocanada de humo—. Tal vez sería mejor que corriese a entregarme a la policía.

—No es para sentirse despavorido. Suponiendo que fuese la policía, por el motivo que tú piensas, parece que no han encontrado nada que pudiera comprometerte. Si lo hubieran encontrado, nos hubieran estado esperando, ¿no te parece? —exclamó.

El razonamiento era impecable, tanto más si venía de un policía, aunque fuese militar. Pell era inteligente y poseía experiencia, de forma que podía ponerse en los propios zapatos de cualquier investigador.

—Pero pueden estar al caer de un momento a otro. Quizá sólo

han tratado de confiarnos, para irrumpir aquí de improviso y cazarme sin darme tiempo a huir u oponer resistencia —insistí.

—Tranquilízate, no ocurrirá nada —dijo mi amigo, sin perder la calma. Y volvió a verter *whisky* en los dos vasos.

Experimenté en aquel momento un sentimiento de compañerismo hacia Pell. En verdad, era un excelente camarada y me había ayudado mucho en aquellos momentos decisivos, sobre todo dándome ánimos y apoyando mi entereza para seguir adelante.

Confieso que jamás he soportado el acoso y de ahí mis temores. No tenía miedo a enfrentarme cara a cara con quien fuese, pero en la guerra experimenté muchas veces esa angustiosa sensación de saberme vigilado, estrechado, encañonado, sin saber de dónde brotaría la agresión del enemigo.

En el caso de que fuese la policía la que había registrado mi *bungalow*, yo hubiera preferido con mucho correr hasta San Damián y entregarme al *sheriff*, máxime teniendo en cuenta que el sentimiento de culpa latía aun intensamente en mi ánimo. A lo largo de la jornada había estado reflexionando y muchas veces me había sentido tentado de romper mi tensión nerviosa, presentarme a la policía y confesarlo todo lisa y llanamente, aunque ello llevase consigo largos años de cárcel y el consiguiente desprestigio personal y profesional.

La verdad era que Pell lo había impedido con gran eficiencia, animándome unas veces, mostrándose enérgico otras y describiendo para mí con profusión de tintes sombríos los padecimientos que me aguardaban si tenía la debilidad de confesar mi crimen.

Advertí que Pell estaba bebiendo aquella noche más de lo que acostumbraba. Parecía un poco nervioso, aunque su voz fuera reposada y sus manos no temblaran.

¿Por qué...? Lo ignoraba.

Pell no tenía muchas ganas de hablar aquella noche, todo lo contrario que la anterior. Fumaba y bebía incesantemente y parecía absolutamente ensimismado.

Yo también me abstraí por un rato en mis pensamientos. Pensaba en Pell. Recordaba su ingreso en la Base Aérea como oficial de seguridad cinco años atrás, aunque yo lo conocía desde los tiempos del Vietnam.

Pell era un excelente conversador, buen conocedor de las

carreras de caballos y de toda clase de juegos de azar. Precisamente fue su desmedida pasión al juego lo que le llevó a una seria encrucijada. Por fortuna, yo estaba soltero entonces y disponía de unos miles de dólares disponibles y logré resolver su apurada situación que, posiblemente, le hubiera llevado a la cárcel. Pero al fin, Pell Brando se había librado del veneno del juego y su economía se enderezó. En los últimos tiempos, mi amigo daba muestras de poseer más dinero del que necesitaba para atender a todos sus caprichos.

Pell era reservado, desde luego. Pocas personas, excepto yo, que supiera, tenían conocimiento de que mi amigo había adquirido un magnífico rancho en Arizona, donde criaba caballos de raza.

También había invertido importantes sumas en negocios de la construcción, del transporte y de las empresas eléctricas. Poseía un enorme y fastuoso dúplex en Los Ángeles, una granja en Barstow, varios solares en Pasadena y había establecido un complejo hotelero en la autopista de San Francisco. En una ocasión, cuando estaba un poco borracho, aludió vagamente a un edificio de oficinas en Las Vegas, pero de esto no estaba yo muy seguro.

Y ahora, en mi *bungalow* de San Fernando Valley, recostados ambos en nuestros sillones, silenciosos y absorto cada cual en sus pensamientos, yo me pregunté, con una pizca de curiosidad, cómo Pell Brando había logrado aquel tremendo cambio: de vicioso jugador comprometido a juicioso, sesudo y honorable oficial enriquecido. Por qué no había ascendido Pell, era un misterio para mí, pues él me llevaba un año y yo era comandante, si bien él no se había especializado.

En cuanto a su bienestar económico, yo no tenía el menor derecho a inmiscuirme: suponía que tenía un origen honorable, para ser sincero. Pell siempre había observado una conducta correcta y su único «desliz» había sido —agua pasada ya— su antigua afición al juego.

Estaba pensando en estas cosas cuando debí quedarme dormido.

Cuando desperté tenía un terrible dolor de riñones —había dormido en un sillón—, sentía un vago dolor de cabeza y eran las diez de la mañana. Cuando, instintivamente, dirigí una mirada al sillón que por la noche ocupara Pell, lo encontré vacío. Le llamé a gritos, pero no respondió. En verdad, me bastó asomarme a la

ventana para comprobar que su caro «Buick» había desaparecido. Pell se había marchado, como era de esperar, pues entraba de servicio a las diez de la mañana.

Sobre la mesa de roble encontré una nota.

Estabas durmiendo cuando desperté y no quise interrumpir tu descanso. Volveré en cuanto pueda.

No desmayes y sigue mis indicaciones. Todo irá bien.

P. S. Quema esta nota. Simple precaución.

En la mesa había un libro abierto. Miré la portada y me asombré un tanto al comprobar que se trataba de *Mein Kampf*, una especie de autobiografía doctrinal de Adolfo Hitler.

En aquel momento se oyó el timbre de la puerta y guardé apresuradamente la nota en el libro, que coloqué seguidamente en la biblioteca.

No sin cierta aprensión, abrí la puerta y encontré a un joven de unos dieciséis años. Su rostro no me resultaba desconocido. Ante el porche había una furgoneta.

—Soy del motel

O'Rourke

, señor

O'Malley

. Su amigo encargó que le trajésemos el pez espada —dijo el muchacho—. También dejó un mensaje verbal: «Pon los filetes a la plancha, Jason. Un entendido me ha dicho que un pez congelado no vale para ser disecado. Buen provecho».

—Muy bien, trae ese fabuloso pez espada —dije al muchacho. Y entré para buscar algún dinero suelto que darle.

Cuando el chico se marchó, respiré aliviado. Al menos, no se trataba de la policía.

Con el pez espada en las manos, fui a la cocina y me dispuse a limpiar, vaciar, escamar y trocear el enorme animal. A decir verdad, el pez poco me importaba, pero me vendría bien entretenerme en algo.

Cuando empuñé el cuchillo recordé los elogios de mi madre cuando yo apenas tenía catorce años:

—Tal vez no seas un buen oficial del ejército, pero al menos tengo la seguridad de que siempre sabrás cómo hay que preparar un plato de pescado.

Y era verdad. Me habían salido los dientes a la orilla del mar con una caña de pescar en la mano y mi afición a las cosas del mar fue creciendo al pasar los años y convertirme en un adulto. Tal vez yo tuviera más vocación para la Marina que para las Fuerzas Aéreas, pero en realidad me convertí más tarde en un ingeniero electrónico. Y luego, de repente, la academia, Vietnam... ¡Tantas cosas!

A Jill le encantaba verme empuñar un cuchillo y abrir de un limpio tajo el vientre de un gran pez. Tanto como tomar los limpios filetes que yo extraía o un trozo monumental dispuesto ya para aliñar y meter en el horno.

Jill. ¿Cómo me hiciste tan desgraciado?

Lágrimas. Escozor en los ojos, el corazón apretado en un puño de acero. ¿Es que yo no era un hombre hecho y derecho? Pues claro que lo era... Pero el recuerdo de Jill, el amor que por ella sentí y aún siento, jamás podrá borrarse de mi mente ni de mi corazón.

CAPÍTULO VIII

¡La playa! He ahí mi gran refugio. Desde que se marchó Pell, cada mañana abandonaba el *bungalow* conduciendo despacio mi coche y me dirigía a la playa. Algunas veces pasaba por San Damián para comprar un cartón de cigarrillos, una botella de *whisky* o algunas botellas de «ale».

En la playa, los recuerdos eran gratos. El sol fulgía esplendente y sus rayos abrasaban mi piel hasta que finalmente me decidía a darme un chapuzón, nadaba largo trecho mar adentro, desafiando temerariamente a las bestias marinas, para regresar finalmente jadeante, recostarme de nuevo al sol y meter la mano en la nevera portátil para refrescar mi gástrico con una cerveza fría. Lo mejor de aquella playa era su soledad. En las circunstancias actuales, yo hubiera sido incapaz de soportar la alegría de los demás: las familias reunidas en grupos con los chicos corriendo y gritando a su alrededor, los muchachos lanzándose sus balones o las jóvenes parejas que se miraban a los ojos y se alejaban en busca de un aislado rincón, propicio para hacer el amor. Por fortuna, aquí apenas había gente. Por la mañana, hacia las doce venían algunos jóvenes a bucear, algunos adultos que charlaban sosegadamente señalando el mar o bebiendo vino tinto frío, y algunas jovencitas que se establecían a distancia prudencial de los restantes grupos. A mí nadie se acercaba y yo me sentía satisfecho de ello.

Habían transcurrido cuatro días desde que Pell se marchara. Seis días más y yo abandonaría el *bungalow*, probablemente para no volver más. Lentamente, mi tensión anímica iba cediendo un tanto. Quedaba en mí un poso amargo y triste, pero la desesperación de los primeros momentos había desaparecido.

Por otra parte, tenía otras cosas que pensar, asuntos que me

integraban profundamente y para los que no hallaba explicación.

Dos días atrás, tropecé accidentalmente en el porche. Una de las tablas estaba casi desprendida y poco faltó para que me diese un buen batacazo contra el suelo. Miré la tabla: algunos clavos se habían oxidado y estaban rotos.

Dispuesto a clavar aquella pieza sólidamente, la arranqué de cuajo. Y entonces vi brillar algo en el fondo, sobre la tierra.

Metí el brazo y saqué dos llaves engarzadas en un sencillo aro de hierro.

Absorto, examiné aquellas llaves y las comparé con las de mi llavero. Su tamaño y dentado correspondían a la llave del *bungalow* y a la de mi apartamento de Los Ángeles. Pero no eran llaves originales, sino vulgares copias de las que pueden obtenerse en pocos minutos en cualquier ferretería.

—Quizá Jill perdió sus llaves y para no disgustarme obtuvo unas copias, sin decirme nada —pensé.

Deducción plausible. Las llaves se le habían caído por la ranura entre dos tablas. Como yo disponía de las mías, ella no había necesitado las copias. Pero Jill no necesitaba sacar copias. Tanto de la cerradura del apartamento como del *bungalow*, existían tres llaves, de las cuales una copia la tenía yo, otra Jill y la tercera se guardaba en nuestra casa de Los Ángeles. A Jill le hubiera bastado con tomar las dos llaves que quedaban en el apartamento. Por otra parte, mi esposa no era mujer que se amilanase por un incidente tan nimio como la pérdida de unas llaves.

Guardó aquellas dos en el bolsillo, pensativo. En cuanto volviese a Los Angeles pensaba comprobar si las de repuesto seguían en un cajón de mi armario.

Aquel mismo día sucedió otra cosa que me dio que pensar. Inquieto como me sentía, al atardecer decidí ponerme en comunicación con Pell. Como el teléfono debía seguir averiado, me disponía a trasladarme a San Damián, cuando decidí comprobar si habían arreglado la línea.

Tomé el auricular y advertí que, en efecto, habían reparado la avería. E hice un comentario en tal sentido a la señora Asquith, la telefonista de San Damián.

—¿Avería? Nadie ha reparado ninguna avería, señor O'Malley

—respondió, desconcertada—. ¿Cómo es posible? Recuerde, por favor, hace un par de días, cuando la tormenta. Poco después de mediodía intenté telefonear pero no lo conseguí: no había línea—insistí.

—En tal caso, si algún cable se desconectó, puede creer que volvió a unirse por sí mismo, porque ninguno de los empleados ha reparado avería en su línea —declaró.

Asombrado, tardé unos instantes en reaccionar.

Luego le di el número de la Sección de Seguridad de la Base aérea de Harrison Fields.

El operador me dijo que el teniente Brando estaba en el despacho del general Barton y que no podía comunicarnos. Así que le dejé un mensaje y di por terminada la conferencia telefónica.

Pell no me había llamado al día siguiente. Habían transcurrido cuatro días y no tenía ninguna noticia suya, lo que me preocupaba un tanto. Pensando en todo esto, me adormilé bajo la sombra del parasol plegable. No sé cuánto tiempo dormí antes de que alguien me sacudiese bruscamente por un hombro.

Me incorporé de un respingo y a punto estuve de gritar de espanto. Pero no había motivos de sobresalto: era Pell.

—Calma, calma, muchacho —hablo con voz sosegada. Y se sentó sobre una silla plegable, abrió la nevera y sacó una cerveza.

Bebió la mitad de un largo sorbo y dijo, sin la menor emoción:

—El general Barton se ha suicidado. Ayer le encontraron muerto en su despacho: se había levantado la tapa de los sesos con una pistola calibre 45.

Mi conmoción fue ostensible.

—¡Dios mío! ¿Cómo es posible? —murmuré, pálido.

—Nadie lo sabe en realidad. Quizá problemas personales, íntimos. O, tal vez, económicos. Parece que el «viejo» se ha llevado su secreto a la tumba —declaró Pell.

Cogí una cerveza y bebí hasta atragantarme. Pell cogió mi paquete de cigarrillos y encendió uno cuidadosamente.

—¡Pobre Barton! —dije, sinceramente condolido—. Era un excelente profesional y un hombre bondadoso, enérgico y responsable. Siempre le tuve una gran estima... Es desconcertante: jamás hubiera imaginado que Barton llegase a quitarse la vida de un tiro.

—Bien... Pensaba venir ayer, pero puedes imaginarte la conmoción que se produjo en la Base. La verdad es que he hecho un gran esfuerzo para venir a verte. Tengo que volver dentro de un rato, antes del anochecer —dijo Pell.

—¿Te dieron mi mensaje? Te llamé por teléfono hace tres días —exclamé.

—Sí. Y te ruego que no vuelvas a llamarme allí —advirtió, serio.

—¿Por qué? ¿Qué mal puede haber en ello? —Ninguno, en particular. Pero podrías delatarte a través del teléfono, en un momento de flaqueza. Y eso daría al traste con el plan que llevas a cabo. Por el momento, todo va bien. ¿Ha ocurrido algún incidente anormal?

Ya me disponía a hablarle del hallazgo de las llaves y del extraño caso del teléfono que se reparaba a sí mismo, cuando preferí callar, temiendo que Pell se burlase de mis absurdos temores.

—No, nada. No me ha molestado nadie —mentí. Advertí que el fino suéter de Pell estaba empapado de sudor. También corrían goterones de sudor por su frente y se deslizaban hasta el cuello. Desde luego hacia calor, un calor húmedo y pegajoso que incluso me empapaba a mí, aunque yo sólo llevaba encima el estricto bañador.

—¡Maldito bochorno! —exclamé—. Voy a darme un chapuzón. ¿Vienes, Pell?

—No. No me apetece. Te esperaré aquí.

—Pero, hombre de Dios, ¡estás sudando a chorros! —insistí—. Un baño te vendrá bien. Estarás refrescado cuando emprendas el regreso.

Vi que miraba a todas partes, vacilante, incluso temeroso. ¿Qué le ocurría?

—No, no me bañaré. Es que... no tengo bañador.

Me puse en pie y recorrí la playa con la vista. Estaba desierta, no se veía a una sola persona en todo lo que abarcaba la vista. Cosa lógica, eran las cuatro, en plena canícula y los rayos del sol caían como plomo derretido, con lo que la gente huía a sus casas a dormir en las frescas habitaciones interiores.

—Báñate desnudo. Yo mismo lo he hecho algunas veces, cuando la playa está solitaria.

Nadie'

te verá —dije.

Pell había sacado un pañuelo, enjugó su cuello y retiró el trozo de tela completamente empapado en sudor.

—¡No quiero bañarme! —exclamó, alteradas las facciones—. ¿Por qué esa manía en insistir una vez y otra en que me meta en el agua? Le contemplé con curiosidad y recelo. El debió darse cuenta de que su exabrupto estaba fuera de tono y se disculpó.

—Perdona, Jason. Estoy un poco nervioso. Todas esas gestiones e investigaciones, tras el suicidio del general Barton, me han perturbado un tanto. No creas que no tengo ganas de refrescarme, pero tomé un bocado viniendo hacia acá y temo que se me corte la digestión —dijo.

—De acuerdo, de acuerdo —respondí, contemporizador—. Túmbate en mi esterilla, fuma, bebe y relájate. Volveré pronto.

Me alejé despacio hacia el mar. Mientras caminaba, una idea martilleó intensamente mi cerebro: era curioso, ahora que lo recordaba, jamás había visto a Pell absolutamente desnudo, aunque en la Base compartíamos todos los oficiales los mismos servicios higiénicos.

La verdad es que los hombres tenemos el mismo sentido del pudor —si no mayor— que las mujeres.

Cuando me alisté en el Ejército me resultó muy duro quedarme «en pelotas» ante los demás camaradas en las duchas o en los chequeos médicos. Pero una vez superada la inicial timidez, los varones solíamos permanecer desnudos entre nosotros, sin experimentar ninguna vergüenza, cuando terminada una sesión de deporte, acudíamos a las duchas en grupo.

Sí, era muy extraño. Pell y yo jamás habíamos coincidido en las duchas. Y ahora, esta tozudez suya, esa resistencia a bañarse desnudo en un lugar solitario, en la amistosa y neutra presencia de un amigo...

Me chapucé a escasa distancia de la orilla, nadé un poco, bucéé y cuando mi epidermis estuvo suficientemente fría, abandoné el agua y caminé hacia el lugar donde me aguardaba Pell, sesteando bajo el parasol. No creo que mi baño durase más de veinticinco minutos.

De una ojeada, advertí que Pell se sentía más relajado. Se había

bebido un par de botellas de cerveza y tenía el cigarrillo en los labios. Pero de vez en cuando se pasaba el mojado pañuelo por el sudoroso cuello.

—Deliciosa —exclamé a propósito, dejando que el agua escurriese en hilillos de mis cabellos. Y Pell murmuró algo entre dientes, que no entendí.

Me senté en la silla y abrí una botella de cerveza. Pell me ofreció los cigarrillos y luego fumamos y charlamos durante una hora.

De pronto, Pell se volvió hacia mí y exclamó:

—Dime, Jason, ¿piensas mucho en... en ella?

Tragué saliva y asentí.

—Más de lo que quisiera. Pero no te preocupes: he conseguido recobrar la calma. Espero lo que haya de suceder sin ningún temor —respondí.

—No ocurrirá nada desagradable. Déjate guiar por mí y todo se resolverá satisfactoriamente. Una cosa... He dicho en la Base que venía aquí para informarte de la muerte del general Barton. Lo normal sería que asistieras a su sepelio, de modo que te aconsejo que vuelvas esta noche a Los Ángeles. Pero no te demores: una vez terminado el funeral, toma tu coche y vuelve aquí. Es lo que se supone que harías en condiciones normales, ¿no?

—De acuerdo. Haré lo que dices. Y no temas: volveré enseguida.

—Buen chico. Me voy, Jason. Nos veremos mañana en el funeral —dijo.

Le vi marchar hacia su brillante «Buick», arrastrando los pies y enjugando maquinalmente el sudor de su rostro y su cuello.

Por mi parte, estuve un rato más en la playa y luego me vestí y comencé a recoger las cosas, puesto que había de hacer el viaje a Los Ángeles. Cuando metí la mano en los bolsillos del pantalón, eché en falta las llaves del coche. ¿Cómo era posible? Cuando llegué allí por la mañana, yo las había metido cuidadosamente en el bolsillo de mi viejo pantalón tejano, que luego había colgado de las varillas del parasol. En todo el día había soplado el viento, ni yo había tocado el pantalón para nada. ¿Cómo diablos, entonces...?

Ante la perspectiva de ir andando a San Damián y contratar un mecánico, busqué desesperadamente entre la arena. Poco después tenía el llavero en mi mano.

No podía imaginarme cómo las llaves habían caído del bolsillo

del pantalón. A menos que alguien hubiera estado registrando mis bolsillos, aunque no era improbable que esto hubiera ocurrido mientras tomaba mi primer baño, hacia las doce de la mañana.

Olvidé el asumo, puesto que urgía volver al *bungalow*, bañarme, afeitarme, vestirme y emprender el viaje a Los Ángeles.

Cuando estuve dispuesto a emprender el viaje, tomé las llaves que había hallado bajo el piso del porche, cerré la puerta, saqué el coche y me marché.

Mientras conducía a buena velocidad hacia el norte, un pensamiento me inquietaba: cuando llegué al *bungalow*, había abierto la nevera para meter en el frigorífico las viandas que yo apenas había tocado durante mi estancia en la playa. Muy de mañana había preparado una buena cantidad de filetes de pez espada asado en la barbacoa, a lo que añadí abundante ensalada de pimientos rojos. Cuando saqué la fiambarrera de plástico en que guardaba aquellos manjares, me pareció que pesaba poco. La abrí y... comprobé, asombrado, que de mis filetes con ensalada apenas quedaba un poco de salsa.

¿Quién había dado cuenta de mi comida? Pell Brando, sin duda. En realidad, parecía hambriento cuando me despertó en la playa. Todo esto era normal; lo que me sacaba de quicio era que Pell se hubiera negado a bañarse porque había comido por el camino y temía sufrir un corte de digestión...

CAPÍTULO IX

Cruzaba ya el vestíbulo, cuando retrocedí, busqué el llavero y abrí el buzón, por si había recibido alguna correspondencia en mi ausencia.

En efecto, había dos cartas del Banco —saldos de mi cuenta corriente— y otros dos sobres. No habían estampado el nombre del remite en el dorso, y los sobres diferían entre sí en tamaño y calidad.

Cerré el buzón, metí las cartas en el bolsillo y entré en el ascensor.

Poco después entraba en mi apartamento del piso sexto.

Sin sentarme, abrí el sobre más grande, sin sentir ninguna curiosidad por las cartas del Banco. La hoja de papel tenía el membrete del doctor Angus

O'Cleare

. Decía:

Querido Jason:

Te he estado llamando constantemente desde hace diez días. He de hablar contigo confidencialmente sobre algo interesante. De modo que llámame en cuanto tengas esta carta en tu poder. El teléfono de mi consulta figura en el membrete de esta carta, pero si quieres llamar a mi domicilio, el número es el 998-4565

.

No dejes de ponerte en contacto conmigo. Lo que tengo que decirte es de suma importancia para ti y para Jill.

Cordialmente,

Angus
O'Cleare

.

La carta tenía fecha de tres días atrás y había llegado por correo. Indudablemente,

O'Cleare

no conocía la existencia de mi casita en el valle de San Fernando.

Eché una ojeada al reloj: eran las diez. A esa hora era más probable encontrar a

O'Cleare

en su casa que en la consulta, obviamente. Marqué, pues, el 998-4565

.

Angus no tardó en ponerse al aparato.

—Soy Jason

O'Malley

, Angus. Acabo de leer tu carta... ¿De qué se trata?

—Verás... Quizá la culpa sea mía: no sé si te advertí que había aconsejado a tu esposa una serie de análisis clínicos. Ya sabes, sangre, orina, etc.

—No, no lo sabía —repliqué, atento—. Bien, el laboratorio ha tardado más de dos semanas en enviarme los resultados de tales análisis, pues al parecer los enviaron, erróneamente, a un tal doctor O'Cleare

. El caso es que, por fin, los tuve en mi poder. Y advertí algo que puede ser grave.

—¿Qué?

—Los análisis de la orina y la sangre acusan la presencia de una droga llamada «Erothoyn» en cantidades preocupantes.

—¿«Erothoyn»? ¿Qué es eso? —pregunté, desconcertado.

—¿Has oído hablar alguna vez de un fármaco llamado

«Yoimbina»? —preguntó

O'Cleare

, a su vez.

—Sí, creo que sí... ¿No es algo que se les administra a los animales?

—A las hembras, especialmente. La «Yoimbina» sirve para provocar el celo periódico en las hembras, en las yeguas, por ejemplo, que de esta forma pueden ser cubiertas por los sementales para la cría caballar. Pues bien, el «Erothoyn» es algo similar, pero mucho más potente. Lo cierto es que está en la fase de experimentación y no se ha puesto a la venta porque sus resultados han sido, hasta la fecha, preocupantes. Varios animales a los que se les administró, murieron en pocas semanas, víctimas de gravísimas alteraciones metabólicas.

—¡Dios mío! —murmuré.

—Ahora puedes imaginarte mejor mi preocupación cuando leí los resultados de los análisis de Jill. El caso es grave, Jason, y Jill debe ir al hospital inmediatamente —dijo el doctor

O'Cleare

. Sonreí amargamente. ¿Cómo podía internar a Jill en un hospital... si ella llevaba once días muerta?

—¿Me oyes, Jasan? —Llegó la voz del médico.

—¡Sí, sí! Por supuesto, haré lo que me indicas. —Muy bien, me quitas un peso de encima; ahora ya estoy más tranquilo. Puedes creer que me atormentaba pensar que Jill seguiría tomando el «Erothoyn» que puede llevarla a la muerte...— No te atormentes, Angus. Tú no eres culpable. —Por cierto, Jason. Hay dos cosas poco claras en este asunto.

—Di.

—El «Erothoyn» no está a la venta, puesto que es un producto nocivo. Me pregunto dónde pudo adquirirlo Jill.

—¿Cuál es el nombre de los laboratorios? —inquirí con fugaz intuición.

—«Ramson Laboratories», en Berkeley. Ese producto no se ha comercializado todavía, debido a su peligrosidad. Jason, si averiguas algo, debes telefonearme. No podemos permitir que alguien sin escrúpulos ponga en peligro la vida de los demás, ¿comprendes?

—Si. Te llamaré, si descubro algo —mentí—. Pero tú dijiste que había dos cosas que te intrigaban, Angus...

—En efecto. Se trata de lo siguiente: Jill es una mujer... digamos ardiente. ¿Para qué necesitaba ella algo que la excitase, que elevase su apetito sexual a límites sobrehumanos?

—No lo entiendo —murmuré, con voz ronca.

—Aunque podíamos partir de otro supuesto. Imaginemos que Jill fuese frígida y que, deseando ser una esposa a la altura de ti, adquiriese esa droga sólo con la intención de alcanzar un «tono» erótico semejante al tuyo. En ese caso, el «Erothoyn» podía haberla convertido en una ninfomaníaca.

Una lucecita se encendió en un punto recóndito de mi cerebro.

—¿Estás seguro de que las cosas pudieron suceder así? —pregunté, anhelante—. Me refiero al supuesto de que esa droga pudiera provocar una ninfomanía en una mujer.

—Desde luego. Ya te dije que el «Erothoyn» posee propiedades muy superiores a fármacos como la «Yoimbina» —declaró O'Cleare

. Y me aconsejó—: No dejes este asunto de la mano, Jason. Lleva a Jill al hospital. Puedes hablar en privado con el doctor Haynes, que se pondrá en contacto conmigo, si tiene alguna duda respecto al tratamiento a seguir. No lo olvides, Jill está corriendo un gravísimo peligro.

—De acuerdo, Angus. Y gracias por todo —logré pronunciar, y colgué.

Tragué saliva.

¡Condenado embrollo! A partir de allí,

O'Cleare

estaría pendiente de recibir mis noticias, de seguir el curso del tratamiento de Jill, de... Y lo peor era que si no me ponía en contacto con él, Angus sospecharía, indagaría y...

Es tremendo. No puedo decir que yo hubiera cometido el «crimen perfecto». Pero la verdad es que me parecía que todo discurriría serenamente, que, con suerte, el tiempo obraría a mi favor y que jamás se sabría que yo había estrangulado a mi esposa.

Y ahora, de repente, estaba metido hasta el cuello en un lío terrible.

O'Cleare

me tenía atrapado. ¿Qué podía hacer? ¿Tomar el teléfono, marcar su número y decir: «No puedo llevar a Jill al hospital porque está muerta. Yo mismo la maté, Angus»?

Mi mente hervía como el pote de una hechicera. ¿Qué hacer, qué hacer, QUE DIABLOS PODÍA HACER?

Ahora, yo no estaba dispuesto a ir a la cárcel. Me había hecho a la idea de librarme de ella, de salvar algo del naufragio: mi carrera, mí prestigio, incluso mi cómoda existencia. En los primeros momentos estuve firmemente decidido a confesar, pero el tiempo había pasado, los días habían enfriado mi cerebro y mi corazón, y ahora la prisión se me antojaba como una negra sima sin fondo.

Probé un sorbo de *whisky*..., es decir, vacié medio vaso de un trago.

—¡Ya está! —Golpeé la mesa con el puño—. Lo que debo hacer es denunciar ahora mismo a la policía la desaparición de Jill.

Si O'Cleare

vuelve a entrar en contacto conmigo, a hacer preguntas, le diré que mi esposa se ha esfumado. La policía la buscará y...

No era tan fácil, no. La policía me haría cientos de preguntas... Preguntas que serían repetidas muchas veces, insidiosamente enmascaradas para comprobar si me desdecía.

—No, nada de obrar a la ligera. Si he de ir a la policía, tengo que inventar una historia, grabarla en mi mente, repetirla hasta la saciedad, hasta estar seguro de que no voy a cometer un error fatal —me desdije a mí mismo.

Mi excitación y mi turbación eran tan intensas que, cuando me di cuenta, había trasegado tres cuartos de botella de *whisky*. Mi frente ardía y mi cuerpo estaba empapado en sudor.

En aquel momento recordé a Pell. Su seguridad inmovible me hicieron recuperar un poco de esperanza. «Todo irá bien, si te dejas guiar por mí». De modo que lo más sensato era entrevistarme con él, pedirle ayuda. Quizá a Pell se le ocurriese alguna idea más feliz que la mía de visitar a la policía para denunciar la desaparición de Jill.

Marqué su número inmediatamente. Mientras aguardaba que se produjera la comunicación, mi mano fue inconscientemente hacia la botella, pero la retiré prestamente:

—No, nada de alcohol ahora. Es preciso mantener la mente fría

y despierta.

Un contestador automático me advirtió que el señor Pelham Brando se encontraba ausente, que podía grabar un mensaje a partir de cierta señal, etcétera. Pero yo colgué enseguida: no tenía humor para confiar mis problemas a una cinta magnetofónica.

Guardé la carta de

O'Cleare

en su sobre. Y entonces vi la otra carta, un sobre más pequeño, vulgar.

Lo rasgué y leí:

Justin Brown Investigaciones
117, Doveroy St.
LOS ANGELES

Estimado señor

O'Malley

:

Cuando revelé algunos de los clisés que a Ud. le interesaban, deseché uno que me pareció parcialmente velado. Sin embargo, posteriormente realicé una ampliación del mismo y la fotografía apareció mucho más clara. En ella puede verse muy bien a la señora Jill

O'Malley

y a un individuo desconocido. Este sujeto sólo se reunió con su esposa en una ocasión. Si bien la foto no ofrece nada anormal, he considerado que Ud. pagó todos los gastos y que quizá dicho documento pudiera serle de alguna utilidad. Con el fin de entregarle la foto, he subido varias veces a su apartamento, pero me dijeron que Ud. se había ausentado. Como se trata de un asunto confidencial, no me he atrevido a enviársela por correo. En cualquier momento, puede acudir a mi despacho y recogerla.

Atentamente,

J.
Brown
Pierce

Sonreí con amargura.

—¿Otro amante de Jill? ¡Qué más da! Uno más...

Tampoco perdía nada recogiendo aquella fotografía. Con un cierto sentido masoquista, marqué el teléfono del detective, con el fin de acordar con él la hora en que podría recoger la foto al día siguiente, antes de volver a San Fernando Valley.

Escuché durante largo tiempo la llamada. Posiblemente Justin Brown había bajado a tomar un bocado, pues yo sabía que el detective tenía despacho y vivienda en la misma planta del número 117 de Doveroy Street.

Cuando ya me disponía a colgar, noté el clic de la comunicación.

—¿Brown? He leído su carta y estoy de acuerdo en recoger la foto. ¿Cuándo puedo pasar por ahí? —pregunté.

Pero nadie respondió a mis palabras. Escuché atentamente y percibí una respiración contenida, pero agitada. ¡Alguien estaba escuchándome al otro lado de la línea!

—Vamos, Brown, no son horas de bromas. ¿Ha oído lo que acabo de decirle? —protesté, encolerizado.

Sin embargo, no pude oír más que aquella respiración estrangulada, jadeante. Quien quiera que fuese estaba esperando a que yo hablase más, algo más, que seguramente podría interesarle. Y no era Brown, de ello estaba seguro.

Ya iba a insistir cuando la comunicación se cortó.

Al otro lado acababan de colgar.

CAPÍTULO X

La noticia estaba en la primera página de *Los Ángeles Post*.

**ASESINATO EN DOVEROY STREET. JUSTIN BROWN, 46 AÑOS.
INVESTIGADOR PRIVADO,**

ESTRANGULADO EN SU PROPIO DESPACHO...

A primeras horas de la mañana, la policía había hallado el cadáver de Justin Brown. Los agentes habían forzado la puerta a requerimientos de la mujer que hacía la limpieza en el despacho del detective. Justin Brown yacía de bruces sobre su mesa, muerto. Lo habían estrangulado, sirviéndose, probablemente, de un cinturón de cuero, en opinión de la policía.

Una venganza, según todos los indicios, puesto que algo más de quinientos dólares que había en un cajón de su mesa permanecían intactos. Para la mayoría, aquél sería uno de tantos asesinatos como se cometen en todas las grandes ciudades. Para mí, la muerte de Brown tenía un significado distinto... Según una primera opinión del forense, el detective había muerto entre las diez y las doce de la noche. Yo había llamado a Justin Brown poco después de las diez y media. Y ahora comenzaba a estar seguro de una cosa: el asesino estaba allí cuando yo llamé por teléfono. Con el periódico en la mano, me puse tras el volante de mi coche y conduje despacio hacia Wilshire Boulevard. En una calle próxima se celebraría el funeral en memoria del general Barton. El acto comenzaría a las once. Como apenas eran las diez, tenía tiempo de sobra para llegar allí holgadamente.

Y volví a pensar en el asesinato de Justin Brown mientras

avanzaba lentamente hacia mi destino. Dando por cierto que el asesino de Brown se encontraba en su despacho cuando yo llamé, parecía evidente que aquel sujeto había cometido una equivocación al descolgar el teléfono. El criminal había permanecido a la escucha —respirando entrecortadamente— casi un minuto, había escuchado lo que yo trataba de decirle al detective...

Pero... ¿por qué su interés en escuchar lo que yo tenía que decir? Porque le interesaba. Debía tratarse, entonces, de alguien a quien yo conocía y que no se había querido delatar hablando, pues, probablemente, yo podría reconocer su voz.

Un razonamiento me llevaba a otro fluidamente. ¿Tendría el crimen alguna relación con la foto que Brown debía entregarme?

¡Ahí podía estar el motivo del asesinato!

Entonces... el criminal era el hombre que aparecía con Jill en aquella fotografía de la que Brown hablaba en su carta.

Sonreí irónicamente. ¿No era todo demasiado complicado para ser verdad? A Justin podía haberle estrangulado un presidiario a quien el detective enviase a prisión. O alguien que le odiaba por haberse visto sometido a vigilancia. O...

Rodaba ya por Wilshire Boulevard, muy cerca de mi destino. Cien metros más allá, torcí a la derecha y busqué un hueco donde aparcar mi coche. Tuve que alejarme largo trecho antes de conseguirlo, pues la calle estaba abarrotada de automóviles; cosa lógica, puesto que se trataba del funeral del general Barton, persona muy conocida en los círculos militares de Los Ángeles.

Volví andando aprisa, pues faltaba poco para las once. La capilla donde habría de celebrarse la ceremonia fúnebre estaba abarrotada de uniformes militares. A la izquierda se hallaban los altos jefes y oficiales de la Base aérea de Harrison Fields. Como el funeral no había comenzado aún, atravesé el pasillo y me uní a mis camaradas. Algunos de ellos, el coronel James Parnell, el comandante Sims, los capitanes Barney y Fulham... me saludaron con un gesto amable.

Otros, como el teniente Kapra, el teniente O'Loughlin

, el capitán Mulligan, rehuyeron mi mirada cobardemente.

La ceremonia dio comienzo inmediatamente. En aquel momento vi entrar a Pell Brando. Me miró fugazmente y ocupó un lugar inmediato a la entrada. Pensé un momento en Rudolph Barton,

aquel excelente militar y hombre respetuoso y correcto, que había sido el jefe de la Base de Harrison Fields. ¿Qué oscura decisión, qué loco impulso le había llevado a dispararse un tiro en la cabeza...?

Yo no sabía mucho acerca de la vida privada de Barton. Creía recordar que era viudo, pero ignoraba si tenía hijos. De cualquier forma, ninguna persona ocupaba el banco que se destinaba a los familiares del fallecido.

De vez en cuando, yo dirigía una mirada a Pell, pues me sentía ansioso de consultar con él respecto al problema creado por el doctor

O'Cleare

. También quería hablarle sobre el asesinato de Brown y la foto que aquel desdichado me había ofrecido. En cuanto a la foto, era evidente que yo no podría rescatarla. ¿Cómo atreverme a exigir a la policía que buscasen en el archivo de Brown para que me entregasen aquel documento... si yo era un asesino?

Pell ignoraba sistemáticamente mis miradas. Tenía los ojos clavados en el féretro que guardaba los restos del general Barton y ni un solo momento los separaba de allí. ¿Morbosidad?

Lo cierto es que Pell escapó inmediatamente que terminó la ceremonia. Y yo me abrí paso como pude para seguirle. Le alcancé cuando se metía en su coche.

—¡Espera, Pell, tenemos que hablar! Es urgente —exclamé en voz baja.

—No quiero que te acerques a mí. Ya he hecho bastante por ti, ¿no crees? —respondió con dureza. Y añadió—: Vuelve a la casita del valle de San Fernando. Iré allí en cuanto me sea posible. Arrancó y me dejó con la palabra en la boca. Tras unos instantes de vacilación, me separé de aquel lugar, volví a mi coche y emprendí el regreso al *bungalow*.

Me sentía amargado. Ahora ni con Pell podía contar.

—¿Qué diablos habrá podido sacarlo de sus casillas? —me pregunté, asombrado.

* * *

Inconscientemente, jugueteaba con las dos llaves mientras fumaba un cigarrillo.

¿Por qué había encargado Jill aquellas copias? En el apartamento, había encontrado las llaves originales del *bungalow*, y de nuestra casa de Los Ángeles...

—¿Y por qué hubo de ser necesariamente Jill la persona que obtuviese esas dos copias? —me pregunté a mí mismo, sorprendido.

En efecto, y ello podría explicar el registro de mi casita ocurrido el día en que Pell y yo salimos de pesca. Alguien había conseguido las copias para poder penetrar en el *bungalow*.

Sospechas, vacilaciones, inseguridad, inquietud..., así llevaba ya catorce días. ¡Y pensar que Barton llamó a aquello «vacaciones»...!

Pero la amenaza más grave procedía de Angus O'Cleare

. Si no le daba explicaciones, el médico sospecharía, y...

Así que Jill había estado tomando «Erothoyn», una droga peligrosísima... Yo nunca le había visto tomar otra cosa que sus píldoras para dormir. Pero el «Erothoyn» podía muy bien estar camuflado bajo el aspecto de un inofensivo sedante.

Apenas eran las cuatro y media de la tarde, pero me vestí apresuradamente, corrí hacia mi coche y abandoné la playa.

—Tengo que registrar la casa, encontrar un frasco de esas píldoras que tomaba Jill —murmuraba, mientras conducía a velocidad excesiva camino de mi casita.

Veinte minutos después saltaba del coche y subía al porche. Saqué las llaves. No eran necesarias... La puerta estaba abierta, burdamente descerrajada.

Entré sigilosamente, todos los sentidos alerta para repeler una agresión. No había nadie en el salón, ni en el pasillo... Fui en silencio a la alcoba, cuya puerta estaba abierta, y la abrí de un empujón: estaba vacía.

Rápidamente, saqué la pistola del armario, me aseguré de que tenía el cargador y quité el seguro. En aquel momento me llegó el rumor de una rápida carrera y enseguida un portazo.

¡El intruso se había dado prisa en escapar...! Maldije entre dientes, corrí a grandes zancadas y alcancé la puerta. Vi que alguien había subido a mi coche y trataba de ponerlo en marcha.

No podía hacer otra cosa. Y lo hice: tomé impulso, salté desde el porche y aterricé sobre la espalda del que se disponía a huir.

El agudo chillido me heló la sangre en las venas. —He debido

romperle la espina dorsal— temí. Y mi temor era lógico, puesto que al fugitivo acababan de caerle ciento seis kilos de peso encima.

Mi nariz percibió un aroma fragante. Alcé la cabeza y advertí que aquella gorra a cuadros había resbalado y permitía ver una larga cabellera negra y brillante.

Mi intruso era una mujer. Una mujer muy joven que chillaba, gruñía y se agitaba como un diablo de Tasmania.

—Cállese o le arrancaré una oreja —advertí con voz fría. Y, hecho milagroso, ella enmudeció. De un manotazo arrebaté las llaves del panel de instrumentos, abrí la portezuela y bajé a tierra. Miré a la muchacha, con curiosidad. Apenas tendría veintidós años y era muy guapa: unos ojos almendrados, enormes, muy expresivos, una naricilla graciosa, una boca que expresaba ira y frustración, un cuerpo lozano, juvenil. Vestía pantalones y un suéter y había tratado de desfigurar su aspecto con una burda guayabera varonil y una gorra a cuadros.

—Demasiado joven para convertirme en una ladrona —dije serio, pero sin cólera. Y añadí bruscamente—: Anda, baja de ahí y entra en la casa. Tenemos que hablar. Vas a explicarme algunas cosas, pequeña.

—¡Usted no tiene derecho a obligarme a entrar ahí! —Se rebeló, belicosa—. ¡Si se acerca empezaré a gritar, le acusaré de intento de violación...!

Avancé un paso lentamente, mirándola a los ojos. —Antes te amenacé con arrancarte una oreja de un tirón. ¿Quieres obligarme a demostrarte que soy capaz de hacerlo?— silabeé.

Palideció, exhaló un gritito y salió corriendo hacia el porche. Yo la seguí enseguida, después de recoger mi pistola que había caído al suelo. La chica estaba en el vestíbulo. Le indiqué con un gesto que entrase al salón y murmuré secamente:

—Siéntate.

Eché una ojeada a la estancia. Si aquella jovencita había registrado la casa, había tenido el buen gusto, al menos, de dejarlo todo en orden. Todo... menos el libro que había caído al suelo, cerca de mi librería.

Sin perder de vista a la intrusa, me incliné y recogí el libro. Se trataba de *Mein Kampf*, de Adolf Hitler. De repente, recordé que había ocultado allí una nota de Pell Brandó. Pero la nota había

desaparecido.

Puse el libro en su sitio, me serví un trago de *whisky* en un vaso y me acerqué a la mesa. Me senté, dejé la pistola a mi alcance y miré a la chica, que me vigilaba, tensa y expectante.

—Pon encima de la mesa todo lo que has cogido —ordené.

Pero ella simuló no haber oído. Entonces me puse en pie y dije:

—Muy bien, te registraré de arriba abajo. Te desnudaré, si es preciso —amenacé, sombrío—. ¡Nooo! —chilló ella. Y se puso en pie de un brinco, pálida.

Un momento después depositaba sobre la mesa todo lo que había en sus bolsillos: cigarrillos, un mechero, monedas, cinco billetes de cincuenta dólares, un llavero y... la nota de Pell.

Eché una ojeada a aquellas cosas. El llavero correspondía a un automóvil sin duda.

—¿Cómo viniste hasta aquí?

—En un coche alquilado. Lo dejé escondido en una arboleda, a unos quinientos metros de aquí —respondió.

—¿Qué te trajo a esta casa? —inquirí. Pero la chica apretó los gruesos y húmedos labios rojos, testaruda, y permaneció muda.

—Muy bien —decidí—. Vamos.

—¿Adonde? —murmuró haciendo un enorme esfuerzo por disimular su miedo.

—A San Damián. Te entregaré al *sheriff* con una denuncia por allanamiento de morada y robo con violencia. Espero no volver a verte hasta dentro de cuatro o cinco años.

Me miró en silencio, trémula. Y de repente estalló:

—¡Está bien, haga lo que quiera! ¡Es posible que yo vaya a la cárcel, pero algún día le desenmascararé, comandante

O'Malley

!

Si quería sorprenderme, aquella jovencita lo consiguió plenamente.

—¿Cómo, es que me conoces? ¿Por qué has de desenmascararme? —exclamé, atónito. E inmediatamente pensé si aquella chica no sabría algo acerca de Jill, si tal vez no se trataría de un vulgar chantaje.

La vi temblar, llorosa. No, no se trataba de una chantajista. Y, por otra parte, aquella chica no había robado otra cosa que la nota

escrita por Pell Brando. ¿Para qué quería ella aquella nota? El significado de aquel gesto se me escapaba por completo.

—Vamos, serénate —dije, alzando las manos en ademán conciliador—. No es necesario que te lleve a San Damián. En cualquier caso, siempre habría tiempo de telefonear al *sheriff*. De ti depende que me vea obligado a hacerlo o a que te deje marchar. Siéntate, relájate.

Entonces me miró con auténtico odio, crispadas las facciones.

—Si se cree que va a engañarme con ese gesto de falsa bondad, se equivoca, comandante

O'Malley

. En realidad, sólo trata de ganar tiempo, quizá confiarme, ¿verdad?

—Sus ojos oscuros despedían chispitas aceradas—. Es posible que ya tenga tramado todo su plan. Sería fácil asesinar a una chica, enterrar su cadáver en cualquier lugar, en pleno campo, donde nadie me encontraría jamás. ¡Confiéselo!

Aquello me recordaba algo que yo tenía mucho interés en olvidar, pero la exagerada actitud de la guapa jovencita me obligó a romper en una carcajada.

—Pero... ¿por qué había de querer matarte, mujer? —dije—. En fin, para que veas que no guardo intenciones hostiles para ti, iré a buscarte una cerveza. Puedes huir, entretanto. Y llevarte esa nota, si tanto te interesa.

Me puse en pie, le di la espalda y fui a la cocina. Cuando volví al salón con dos cervezas, ella tenía mi pistola en sus manos y me encañonaba. Por un momento temí encontrarme ante una pobre demente capaz de agotar el cargador de la 45 en mi propio cuerpo. Yo había dejado la pistola en la mesa con toda intención, para inspirarle confianza, pero nunca se sabe...

—Se dejó la pistola —sonrió, nerviosa. Y bruscamente la dejó en la mesa y la empujó hacia mí.

Entonces le ofrecí una botella de cerveza y me bebí la otra de un tirón.

CAPÍTULO XI

Ella bebió en silencio y dejó la botella en la mesa.

—¿Puedo fumar un cigarrillo? —preguntó.

—¡Puedes hacer lo que te venga en gana, hija! —exclamé—. Lo único que te pido es que me expliques por qué tienes que «desenmascaramme». Encendió el cigarrillo que acababa de ponerse en los labios, arrojó el humo en un chorrito y probó otro sorbo de cerveza. Parecía más insegura ahora, menos belicosa y agresiva.

—Usted es amigo de Pell Brando, ¿no es cierto? —dijo.

—Sí —repliqué, desconcertado—. Pero ¿qué tiene que ver...?

—Voy a explicárselo, comandante: sospecho que el teniente Brando asesinó a mi padre. Y sospecho igualmente que usted es su cómplice. Por eso vine aquí, para obtener pruebas contra Brando. —
¡Estás loca, hija! ¿Cómo se te ocurre tamaña insensatez?

No es ninguna insensatez. Y no me llame «hija» —dijo con los ojos brillantes—. Usted no es mi padre. Mi padre era el general Barton.

Enmudecí. Así que el general tenía una hija... —Lo siento. Tu padre era un gran hombre y yo le estimé mucho, pero acusar de su muerte a Brando es ridículo— dije lo más convincentemente que pude—. Todo el mundo sabe que el general se suicidó.

—¡No es cierto! —clamó, impetuosa—. Mi padre era un hombre íntegro, responsable de todos sus actos, incapaz de recurrir al suicidio como solución.

No tengo pruebas, pero sé que Brando le mató... Dudo ahora si usted es su cómplice o no. Pero ahí tiene esa nota.

Cogió la hoja de papel y la leyó en voz alta.

—Estabas durmiendo cuando desperté y no quise interrumpir tu descanso. Volveré en cuanto pueda. No desmayes y sigue mis

indicaciones. Todo irá bien. Pell. P.

S. Qu

ema esta nota. Simple precaución.

—¿Y qué? —Gruñí, impaciente—. ¿Qué relación guarda todo eso con la muerte del general Barton? —Todavía no lo sé. Pero es evidente que este mensaje encubre un delito. Basta con repasar estas frases... No desmayes y sigue mis indicaciones. ¿Qué indicaciones? Y esta otra: Quema esta nota. Simple precaución. Esas frases implican un secreto, encierran un significado... De alguna forma usted fue cómplice de Pell Brando— me acusó la chica llanamente.

¡Maldita coincidencia! Aquella muchachita metida a detective involucraba con la muerte de su padre las frases que tenía relación con algo muy diferente: la muerte de Jill.

—Mira, hija —empecé a decir; pero ella frunció los labios en un rictus colérico—. En fin, ¿cómo te llamas?

—Lizza... Elizabeth Barton.

—Pues bien, Lizza. Puedes tener la seguridad de que esa nota nada tiene que ver con la muerte de tu padre. No sé de dónde sacas que Pell mató al general, pero todo el mundo sabe que tu padre se suicidó. Si las cosas hubieran ocurrido de otra forma, las autoridades militares lo hubieran dicho y se produciría la correspondiente investigación y un proceso —traté de razonar—. Pero como última prueba de convencimiento, coge esa nota y haz de ella lo que quieras. Te autorizo a utilizarla.

Mi audacia la desconcertó. Sin embargo, no era Lizza Barton una mujer de las que se dan por vencidas a las primeras de cambio.

—Veamos, comandante. No creo que sea usted un estúpido —habló con desparpajo—. La noche antes de morir, papá estaba muy inquieto. Yo le conocía mejor que nadie, no irá a negarme eso, ¿verdad?, y traté de serenarle. Pero era imposible: daba muestras de una agitación desconocida. Al principio no quería hablar, pero finalmente se confió a mí: me dijo que habían robado en la Base unos documentos de enorme importancia estratégica, unos documentos secretos, ¿entiende? Me dio a entender que el robo suponía una tremenda responsabilidad para él y que temía que aquel incidente le costase la carrera o, cuando menos, la jubilación inmediata...

Apenas pude disimular mi sorpresa, mi íntima turbación.

—Papá estaba destrozado —siguió hablando Lizza—. Le veía dudar, debatirse en una duda que le aniquilaba... A veces tomaba el teléfono con un gesto rápido, pero volvía a colgar con un ademán de fatiga. Le oí decir: «No, no es posible. Y, sin embargo...». Verá, comandante

O'Malley

... —No me llames «comandante

O'Malley

». Llámame simplemente Jason— pedí a Lizza.

Bien... Jason. Como le decía, mi padre estaba sometido a una tensión insoportable. Adiviné que sospechaba de alguien, pero no estaba suficientemente seguro. No se atrevía a ordenar una detención, una investigación...

—Sigue, por favor.

Lizza tomó un sorbo de cerveza para aclararse la garganta. Sus juveniles facciones estaban crispadas, fatigadas.

—Fue una noche terrible. Papá permaneció en vela hasta altas horas de la madrugada, paseando sin cesar a lo largo de su biblioteca, martirizándose a sí mismo en aquella duda que le atormentaba. Siempre fiel a su condición de militar, se resistió tenazmente a confiarse a mí. «Son cosas mías», repetía invariablemente cuando yo trataba de sonsacarle. Finalmente me fui a la cama. Confiaba en que mi padre, deshecho, terminaría por caer agotado y se iría a descansar...

Al fin, según Lizza, que permanecía despierta en su alcoba, el general se retiró a su habitación, muy próximo el amanecer.

—Me cercioré de que dormía... Si se le podía llamar dormir a aquel continuo agitarse en la cama, sin reposo.

Soñaba en voz alta, agitado por sus terribles pesadillas y le oí murmurar varias veces: «¡Es Brando, es Brando!». Le arrojé cuidadosamente y salí de su habitación. Muy nerviosa y preocupada, como es de suponer, fui a la biblioteca y eché una ojeada. Sobre el bureau de mi padre había un bloc abierto. Papá había escrito de forma obsesiva aquellas palabras hasta rellenar una hoja entera... —¿Qué palabras?— pregunté, profundamente interesado.

—L. P. Brando, L. P. Brando...^[1]. Papá había escrito aquello

infinidad de veces, con una letra anormalmente descuidada y de trazos nerviosos, dada su evidente inquietud. —Lizza se detuvo para tomar aliento—. ¿Comprende ahora el origen de mis sospechas?

Me levanté sin decir una palabra y fui a la cocina a por nuevas cervezas. Comenzaba a anochecer. Lizza Barton continuaba junto a la mesa cuando volví y puse una botella al alcance de su mano.

Bebimos en silencio. Yo no sabía qué decir... Considerar a Pell como un asesino, como un espía... era superior a mi comprensión. Por supuesto, que aquella jovencita debía estar equivocada. Por otra parte era lógico que ella se sintiese desquiciada: era la hija única del general Barton y... acababa de perder a su padre en trágicas circunstancias. Habría que disculpar sus fogosas acusaciones, su exagerada exaltación. Lizza volvió a encender un cigarrillo con manos nerviosas, inseguras.

—Se ha quedado muy callado, Jason —observó ella, al cabo.

—Confieso que todo lo que acabo de oír me parece... irreal. Desde luego, si ese robo de documentos secretos a que te has referido fuera un hecho cierto, la cosa sería preocupante... Pero acusar a Pell... ¡sigue pareciéndome grotesco! —exclamé.

Lizza se puso impulsivamente en pie, vino hacia mí y me señaló acusadoramente con el dedo extendido.

—¡No sea hipócrita, Jason! —chilló—. Puesto que usted es un buen amigo de Brando, debe estar al tanto de sus negocios, sus inversiones, su increíble fortuna.

—¿Qué quieres decir?

—He llevado por mí misma algunas investigaciones. Y escuche esto —me miraba con ojos iracundos, pero parecía muy segura de lo que decía—: los intereses del teniente Pell Brando, globalmente, ascienden a algo más de cinco millones de dólares. Sorprendente, ¿verdad? Sobre todo si se tiene en cuenta que mi padre, un general de las fuerzas aéreas, jamás ha sido capaz de ahorrar con su sueldo más de unos cuantos miles de dólares. ¡Dígame, Jason! —Ella me vigilaba ávidamente—. ¿Puede explicarme de dónde sacó Pell Brando tanto dinero?

CAPÍTULO XII

A la una de la noche, Lizza Barton y yo seguíamos sentados a la mesa. Habíamos hecho una cena rápida a base de algunos fiambres, ella se había bebido cuatro botellas de cerveza y yo tenía mi vaso de *whisky* al alcance de la mano. Durante seis horas habíamos hablado casi ininterrumpidamente. Lizza, acosándome constantemente, me había obligado a contarle la verdad: el asesinato de Jill, mi esposa. A medida que me oía, la pobre chica fue palideciendo hasta que sus facciones alcanzaron el tono de la nieve de los ventisqueros. Parecía muy impresionada, incluso asustada, pero me escuchó hasta el final sin osar interrumpirme en ningún momento.

—Ahora ya lo sabes —terminé—. Pell me ayudó en los momentos más críticos. ¿Qué podría hacer yo, sino agradecerle sus desvelos? Él se arriesgó por mí, eso es evidente.

Lizza se abandonó en un sillón desmayadamente. Era una chica preciosa, que exultaba juventud y belleza y... estaba peligrosamente próxima. —¿Sabe una cosa, Jason?— dijo de pronto, incorporándose—. Me temo que Brando no hizo otra cosa que utilizarle a usted.

—¿Utilizarme? —clamé, asombrado.

—E incluso empiezo a sospechar más. Usted no mató a Jill —declaró.

Me puse en pie impulsivamente.

—¡Estás loca, pequeña! ¡Loca de remate! ¿Cómo puedes dudar eso? Yo estaba sometido a una tensión insoportable. En realidad, la única salida posible para mí era destruir a Jill. Soñaba con ello, lo pensaba a cada instante...

Lizza movió la cabeza. Tenía una sonrisa indefinible en los

labios, mitad irónica, mitad compasiva.

—Pero el amor que usted sentía hacia Jill lo hubiera impedido, en cualquier caso. Usted la amaba entrañablemente, Jason. Y este sentimiento se oponía decisivamente a su frustración y a su amargura.

—¡Qué puedes saber tú! —exploté, violento—. Cuando Pell llegó a esta casa, Jill estaba muerta. Durante la madrugada, yo me emborraché brutalmente. ¿Quién mató a mi esposa? ¡Yo! ¡Lo hice yo!

Lizza se impacientó. Tenía una expresión muy graciosa así, con el mentón fruncido y mordiéndose los labios.

—Tranquilízate, Jason —de pronto me tuteó y a mí me pareció la cosa más natural del mundo—. Por lo que me has contado, tú no recuerdas prácticamente nada. Te emborrachaste, perdiste la noción de las cosas y, luego, despertaste por la mañana. ¿Qué pruebas hay de que tú asesinases a tu esposa? ¡Ninguna!

—Pero...

—Creo que has sido sincero y no me has ocultado nada —dijo. Y se puso seria, casi tensa—. ¿Sabes cuál es mi deducción?

—¿Cuál? —le pregunté, estupefacto.

—Que Pell estranguló a Jill.

—¡Absurdo! —troné—. ¿Qué motivos podía tener él para...? Y, además, no tuvo oportunidad de hacerlo. ¡Él estaba a ciento cincuenta kilómetros de aquí cuando Jill murió!

—¿Cómo podrías demostrarlo? —saltó, rápida—. En realidad, todo está claro, asquerosamente claro, si me permites expresarme así. Lo que ocurre es que tú sientes amistad hacia Pell y este sentimiento a nublado tu razón. Pero, reflexiona, si sigues paso a paso la secuencia de los acontecimientos deducirás fácilmente que Pell es el culpable.

Yo iba a protestar furiosamente, pero ella alzó las manos y me obligó a callar. Sólo me fue posible verter un chorro de *whisky* en mi vaso y beberlo de un trago.

Enseguida encendí un cigarrillo y aspiré el humo con ansia.

—Déjame que yo te abra los ojos, Jason

O'Malley

—dijo Lizza con increíble desparpajo. Y empezó a hablar fluidamente.

Me hizo notar enseguida que Kapra, Mulligan,
O'Loughlin
, Anderson, el ingeniero militarizado
O'Hara

eran personas clave en el asunto. Todos ellos se habían relacionado con mi esposa, según me constaba por los documentos que Justin Brown había puesto a mi disposición.

—Papá nombró repetidamente a estas personas la noche anterior a su «suicidio» —puntualizó Lizza—. No es que estuviera hablando conmigo, entiéndeme, Jason, es que él pronunciaba esos nombres inconscientemente, movido por la angustia que le atosigaba. Pero veamos, esos cinco hombres se relacionaron con Jill... —Lizza esbozó un pudoroso gesto de disculpa dirigido a mí—. Pero además, ellos poseían información respecto a la documentación robada en la Base. Ellos y ninguno más que ellos. ¿Crees que se trata de una simple coincidencia?

—¿Cuál es tu opinión? —inquirí, asombrado de las dotes que demostraba aquella bella jovencita. —Eso fue lo que me trajo aquí y me hizo sospechar de ti— confesó—. Aún no tengo las ideas muy claras, pero tu relato me ha servido de mucho. Por supuesto, tú quedas libre de toda sospecha...

—Gracias —respondí, con una chispa de ironía.

—No te burles. El caso es demasiado grave, Jason —se apresuró a puntualizar—. Sólo te pido que me escuches. Respecto a Brando, hay muchas cosas sospechosas...

Las fue especificando una por una, con ilación sorprendente.

Por ejemplo, yo había invitado a Pell a un día de pesca, pero él llegó precisamente el día en que yo «había estrangulado a Jill».

—Tu esposa dejaba siempre cerrada la ventana de tu almacén de efectos deportivos, lo mismo que tú. Pero encontraste la ventana abierta y el cristal roto, imaginaste que el viento lo había destrozado, pero yo pienso que alguien escaló el porche de la cocina, rompió el cristal y penetró por la ventana en la casa...

Expelí con fuerza el aire contenido en mis pulmones. ¡Lizza era sorprendente! Pero su visión de las cosas no tenía nada de fantástico.

—Sigue, por favor —le pedí.

—El teléfono averiado. No había tal avería. Pell lo desconectó

para evitar que tú avisases al *sheriff* de San Damián. A él no le convenía que la policía metiese sus narices aquí.

—¿Por qué?

—Déjame continuar. Antes de marcharse, Pell volvió a conectar el teléfono y tú te maravillaste de que la línea volviese a funcionar... Pero hay más: las copias de las llaves las había hecho Pell. Debió entrevistarse con Jill, amparado en vuestra amistad. En un descuido, tomó del bolso de Jill las llaves que le interesaban y obtuvo las copias.

—¿Con qué objeto?

—¡Está claro! Penetraba en vuestro apartamento de Los Angeles o en este *bungalow* para cambiar las píldoras sedantes por otras de «Erothoyn». En una de las ocasiones, al salir perdió las llaves. Éstas se escurrieron por la ranura entre dos tablas, en el porche...

Bruscamente, me alcé de la silla y corrí al dormitorio. Registré febrilmente las mesillas, el tocador, el armario... Ante la presencia de Lizza, me trasladé al cuarto de baño y registré, cada vez más nervioso, los cajones de los armarios metálicos. Fuera de mí ya, hice otro tanto en el resto de los muebles de las demás habitaciones. Finalmente volví, exhausto, al salón, con Lizza pisándome los talones.

—Pero... ¿qué buscas? — preguntó ella, atenta. —Las píldoras sedantes de Jill. Quería llevarlas a un laboratorio para que las analizaran y averiguar si lo que contenían era «Erothoyn»— confesé. —No lo comprendes, ¿verdad? Si Pell demostró tanto interés en registrar la casa de arriba abajo el día en que lo encontrasteis todo patas arriba, era porque necesitaba, para su seguridad, recuperar dos cosas: las llaves perdidas y las píldoras de «Erothoyn» camufladas en frasquitos de pastillas para el insomnio. Naturalmente, Pell encontró al menos las píldoras y las hizo desaparecer— explicó Lizza.

Sí, era razonable. Monstruosamente razonable. Empezaba a creer que lo que Lizza decía eran algo más que puras fantasías.

Pero aquella revelación me horrorizaba. ¡Pell, un traidor, un... asesino!

Lizza se tomó mi estado de consternación con calma. Estaba dispuesta a decir muchas cosas y nadie la haría callar.

—Pell te mintió el otro día en la playa, cuando aseguró que no

había comido... ¡Se zampó tranquilamente toda tu comida! No alcanzo a comprender por qué se oponía de una forma infantil a bañarse, aunque eso debe tener algún significado, pero el caso es qué te mintió... por nada. El que miente una vez sin necesidad, es capaz de las mayores falsedades, te lo aseguro. —Y las llaves de mi coche en la arena...

—Mientras tú te bañabas, registró los bolsillos de tu pantalón. Buscaba las llaves falsas, pero, por fortuna, tú las habías dejado aquí...

Lizza calló un momento. El tiempo suficiente para encender un cigarrillo. Yo apoyaba mi frente en las manos y contemplaba, sin ver, los objetos que había sobre la mesa.

—Por otra parte, tu deducción acerca de los hechos relacionados con el asesinato de Justin Brown es absolutamente correcta —declaró Lizza—. ¿Qué quieres decir?

—Que el asesino de Brown estaba en su despacho cuando tú llamaste por teléfono. Y que el detective murió porque alguien supo que Justin estaba dispuesto a entregarte aquella foto donde... aparecía el asesino.

—Sólo faltaba que ahora dijese que el asesino de Brown fue Pell —murmuré apagadamente—. ¡Exactamente! —La palmada de Lizza sobre la mesa me sobresaltó—. Pell mató a Justin Brown para apoderarse de la foto. Porque era él quien aparecía en la fotografía semivelada en compañía de tu esposa.

Abrumado por todas aquellas revelaciones que, de alguna forma, habían latido soterradas en mi subconsciente, volví a llenar mi vaso de *whisky*.

¡Pell! ¿Un verdadero monstruo de maldad? Finalmente alcé la mirada y clavé mis ojos en los de Lizza.

—Ha sido un brillante alegato, pequeña Ni el más experto criminalista hubiera llevado a cabo deducciones más claras y lógicas —dije, fatigado—. Demos por sentado que tu hipótesis sea cierta. Y dime ahora, ¿qué necesidad tenía Pell de matar a mi esposa, si fue él el asesino? ¿Qué papel jugó Jill en esa turbia historia?

—No lo sé —confesó ella, llanamente—. Aunque tengo alguna vaga idea... De todas formas, si tú estuvieras dispuesto a ayudarme, tengo la seguridad de que desenmascararíamos a Pell Brando.

Pero yo me sentía demasiado dolorido y fatigado para emprender una aventura en compañía de aquella atractiva jovencita. Lizza debió adivinarlo, porque no insistió.

—Lo sé, lo sé —dijo al cabo, mirándome fijamente—. Has debido sufrir mucho, Jason. Tus ojos están rodeados de un halo violáceo, estás demacrado y bebes continuamente...

Permanecí callado.

—Lo has pasado muy mal, según veo. Sentías un amor profundo hacia Jill y ella te defraudó, según creemos. Además está tu complejo de culpa... Pero ahora, ¡ya!, Jason

O'Malley

, has evolucionado y empiezas a compadecerte a ti mismo. Te das lástima, ¿verdad? Y eso viene a ser una degradación de tu hombría, de tus mejores virtudes...

—¡Vete a hacer puñetas! —grité, desabrido. —Me iré, sí— continuó ella, impertérrita—. Y tú seguirás desesperándote y consumiéndote día a día, pensando de una forma vaga y melancólica un crimen que no cometiste y... permitiendo que un asesino peligroso campe por ahí a sus anchas. Mañana, Pell se verá obligado a cometer otro asesinato. Y tú seguirás aquí, lamentándote... —¡Cállate!— rugí, herido.

—¡No me da la gana! —respondió Lizza, en el mismo tono.

Eché una mano a la botella, pero ella me la arrebató con diestro manotazo.

—Necesitas ayuda, Jason. Y yo te la ofrezco. A cambio, échame una mano tú y cogeremos a Brando con las manos en la masa —añadió. La miré un momento, eché un vistazo a mi alrededor, pensé en Jill, en mi angustiosa soledad... Y claudiqué.

—Está bien. Dime qué quieres que haga. De todas formas, me he confesado contigo y me tienes en tus manos —dije.

Lizza se puso en pie.

—No seas tan mezquino, Jason —dijo con una madurez que me sorprendió—. ¿Llegaste a pensar realmente que iba a denunciarte...?

CAPÍTULO XIII

Al día siguiente, llamé desde mi apartamento de Los Ángeles a la Base. Muerto el general Barton, me interesaba comunicarme con el nuevo jefe. Un operador me dijo que el general William Lamben había sido nombrado tres días atrás. Por supuesto, pedí al funcionario que me comunicara con el general Lamben.

—¿Sí? Despacho del general William Lamben —dijo una voz gruesa.

—Soy el comandante Jason

O'Malley

, señor. Hoy se cumple la licencia de quince días que me concedió el anterior jefe, general Barton. Estoy dispuesto para incorporarme a mi destino —dije—. ¡Ah,

O'Malley

! No nos conocemos personalmente, comandante, supongo, pero tengo algunas referencias acerca de usted. Espere un momento: voy a pedir su expediente.

Aguardé.

—¿Sigue ahí, comandante

O'Malley

? Bien... Veo que el año pasado apenas gozó de veinte días de vacaciones... Hum... Como el servicio está suficientemente, atendido, le concedo otros diez días de licencia. Espero saludarle cuando se reincorpore a la Base, comandante —dijo Lambert.

—Muy agradecido, señor. Será un placer saludarle —respondí. Y colgué.

¡Diez días más de vacaciones! Para mí suponía una buena noticia: dispondría de libertad suficiente para llevar a cabo las gestiones que Lizza y yo habíamos programado.

Poco después de las once de la mañana me trasladé a Berkeley. Hacia las doce detenía mi coche ante la fachada de los Laboratorios Ramson. Había anunciado mi visita al director, Dana Fockerson, y el vigilante me permitió la entrada sin obstáculos. Una jovencita miope, que me aguardaba a poca distancia, me guió hasta el despacho de Fockerson, un maduro ejecutivo de maciza humanidad que me miró con cierta aprensión a través de sus gafas de gruesa montura.

—Bien, comandante

O'Malley

, usted dirá. Confieso que su conferencia telefónica ha llegado a preocuparme. Parecía usted muy excitado —dijo—. Póngase en mi caso, señor Fockerson. Unos análisis clínicos han demostrado que mi esposa ha ingerido dosis exageradas de «Erothoyn». Usted sabe mejor que yo que ese producto es peligroso.

Así que voy a pedirle algunas cosas...

—¿Qué cosas? —Fockerson se había encogido sobre su asiento, atemorizado.

—Es evidente que algunas cantidades de ese producto han sido distraídas de estos laboratorios. Necesito saber... —le expliqué en pocas palabras lo que me proponía.

—Pero, comandante, eso es imposible. Hay estrictas medidas de seguridad respecto a las drogas en experimentación. Nuestros empleados son rigurosamente seleccionados y...

—Fockerson, mi esposa ha muerto. La ha matado el «Erothoyn» —mentí, sin traicionar el frío tono de mi voz—. Si no accede a lo que le pido, los Laboratorios Ramson se hundirán. Usted tiene la palabra.

Muy pálido, sudoroso, Fockerson, oprimió un botón del interfono y murmuró una orden.

—Permítame —dijo, muy nervioso—. Volveré enseguida.

Tardó algo más de veinte minutos en volver. Traía unos impresos en la mano y parecía muy agitado, a punto de sufrir una congestión, a juzgar por el tono bermejo de su rostro encendido.

—¿Bien? —pregunté, impaciente.

—Tengo... algo. El jefe de producción, Hal Winters, cometió..., ejem... la indiscreción de mostrar las instalaciones a un amigo suyo. Es curioso, comandante.

—¿Qué es lo curioso? —inquirí, imperturbable—. Se trata de... un militar. Winters se fía absolutamente de él. Se trata del teniente Pelham Brando— dijo con un tonillo irónico.

—¿Tuvo Brando acceso al «Erothoyn»? —insistí impertérrito.

—Bueno, Winters le mostró los cobayas de la sección de experimentación de nuevos fármacos.

—En fin... Sí, había allí algunas cantidades de «Erothoyn» — confesó.

—Es todo lo que deseo saber —me puse en pie y miré fijamente a Fockerson—. Procure que Winters no sospeche nada alarmante. Caso contrario, volveremos a vernos, señor Fockerson.

—Me ocuparé de ello, comandante. No será difícil.

Buenos días, señor.

* * *

Yo estaba tomando un café en Irish Taste, un pequeño *pub* del centro, cuando me tocaron suavemente en el codo. Me volví y me encontré con dos impresionantes individuos que casi superaban mi estatura. (Aunque yo mido un metro noventa y dos).

Eran dos hombres de una pieza, corpulentos, musculosos e imperturbables.

¿Matones, pistoleros a sueldo..., policías tal vez? En cualquier caso, no voy a negar que experimenté cierto temor.

—Venga con nosotros, comandante —dijo uno de ellos en un susurro.

Ya me disponía a clavar mi codo izquierdo en el estómago del más próximo y a golpear al otro en la entrepierna —espontánea cura en salud, por si acaso—, cuando uno de ellos mostró fugazmente una placa que yo conocía muy bien: correspondía a los funcionarios del cuerpo especial de Inteligencia Militar.

Terminé de beber mi taza de café irlandés y les seguí. No me permitieron el menor respiro: entre ambos me escoltaron estrechamente hasta la puerta, aunque en ningún momento perdieran la corrección.

Ya fuera, me indicaron que caminara hacia un gran automóvil negro estacionado en las cercanías. Antes de dejarme caer sobre el asiento del coche, había reconocido al hombre que me esperaba: era

el coronel James Parnell, jefe de los servicios de seguridad de la Base Harrison Fiélds. Parnell no tenía muy buena fama. Se le consideraba un hombre frío, inteligente, poco comunicativo, y estricto cumplidor de su deber sin concesiones de ninguna clase a conceptos tales como camaradería, amistad, etcétera.

El carácter de Parnell coincidía exactamente con sus rasgos fisonómicos: hombre de poderosa testa cuadrada, imponían sus peludas cejas, su nariz de halcón y sus ojos azules, penetrantes e inquisitivos.

¿Más problemas aún?

Antes de que ninguno de los dos pronunciara una sola palabra, el automóvil se puso en marcha a buena velocidad. No me costó gran esfuerzo advertir que nos precedía un «Lincoln» gris y nos seguía otro coche, un «Rambler» *beige*. Aquello solo podía hacer más intensa mi preocupación, pero procuré mantener mis emociones bajo control.

—Voy a pedirle algo, comandante

O'Malley

: su colaboración —dijo Parnell.

—Usted dirá, coronel.

—Se trata de Pell Brando. Lo que voy a decirle es rigurosamente confidencial y le pido que me prometa por su honor que no hablará dé esto a nadie.

—Bien... Se lo prometo, señor. Pero no comprendo.

—Lo entenderá si me escucha sin interrumpirme. Fue muy parco en palabras, pero entendí perfectamente lo que me dijo, algo que me sorprendió vivamente: los servicios de Inteligencia Militar vigilaban a Pell desde hacía cuatro meses: ¿Motivos? Sospechaban que Brando había estado haciendo espionaje en la Base Harrison Fields. —En ese tiempo, no Je hemos perdido de vista un solo momento. Pero Brando es sumamente inteligente, escurridizo— recordé que Lizza era de la misma opinión —y no poseemos pruebas contra él. Por fin, ha ocurrido lo del general Bar ton...

—¿Quiere explicarse?

—Sospechamos con fundamento que Brando asesinó al general Barton. Sabemos que el general sospechaba de Brando. Media hora antes de «suicidarse», el general Barton ordenó urgentemente a Brando que se presentase en su despacho. Su ayudante, el

comandante Andrews declaró que el general se mostró duro y tajante con su amigo...

—Señor...

—No me interrumpa. Si está ahora aquí, comandante, es porque confío en usted —me cortó Parnell—. Creemos que Brando asesinó al general, pero no podemos hacer nada contra él, porque Pell tiene una coartada irrefutable, abandonó el despacho de Barton quince minutos antes de que se oyese el disparo que debió acabar con la vida del jefe de la Base.

—¿Y qué esperan de mí? —pregunté, inquieto—. Daremos un paseo. Hacia Ruck Hills, por ejemplo— anunció el coronel Parnell, y yo tuve que esforzarme para no saltar en el asiento... En Ruck Hills estaba la tumba de mi pobre Jill. Parnell me estaba observando fijamente, sin perder de vista mi rostro.

—Aunque tal vez sea mejor que hagamos una visita a la Base —rectificó—. Vamos, Jason. Hemos seguido constantemente a Brando: incluso durante los dos días que Pell permaneció en compañía de usted en el valle de San Fernando.

—¿Quiere decir que...? —murmuré, sudoroso. —Quiero decir que necesitamos su colaboración, comandante— especificó Parnell, sin conmoverse—. ¿Cuento con usted?

—Sí —respondí. ¿Qué remedio? Me tenían cogido y bien cogido. Atrapado.

Poco después penetrábamos en la Base Harrison Fields. Los coches rodaron veloces hacia las colinas del campo de golf —no recordaba que nadie hubiera jugado allí una partida— y finalmente se detuvieron al borde de la alambrada. Parnell descendió y yo le seguí. Sin señalar, miró hacia las colinas.

—Un precioso campo de golf, ¿no es cierto? —Parnell clavó en mí sus ojos de acero—. Debajo se encuentran instalados doce silos atómicos, comandante

O'Malley

. Ya... Advierto su asombro, usted no lo sabía. Pues bien, los planos de situación y datos técnicos de esos silos secretos han desaparecido. Nuestra opinión es que Pell Brando se hizo con ellos. Y tenemos que encontrarlos.

—Haré lo que pueda, señor —murmuré, seca la garganta.

—Eso espero —gruñó Parnell, imperturbable.

CAPÍTULO XIV

En la puerta se produjo un leve rumor. Saqué la pistola y quité el seguro. Un momento después, la puerta se abrió y aparecía Lizza Barton. Respiraba jadeante, con el corazón desbocado, pero sus facciones tenían una animación que presagiaba buenas noticias.

—¿Quién era, por fin? —pregunté, seguro de que ella lo había averiguado.

—Phil Ketchum, doctor en Psiquiatría, famoso hipnotizador en otros tiempos. He comprobado que fue expulsado del Colegio de Médicos: Ketchum era persona non grata, pues al parecer se valía de sus dotes de hipnotizador para perpetrar estafas y robos cuantiosos —dijo, aún no recuperada la respiración.

—¿Acudió a casa de Brando?

—Llevaba cuatro días intentando entrevistarse con él, pero Brando se negaba a recibirle: supongo que evitaba comprometerse. Finalmente debió citarse con él... en un funeral. Salieron ambos con disimulo y se reunieron en la calle. Ketchum gesticulaba airado y, por fin, Pell sacó un fajo de billetes y se lo entregó con un gesto iracundo. Inmediatamente después, Ketchum se marchó y Pell volvió al funeral. Pude sacar algunas fotos. Espero que sean buenas, mi cámara vale mil doscientos dólares.

—¡Magnífico! —exclamé, admirado. Pero mi ceño se frunció—. Esto nos confirma que Jill acudió a la consulta de Ketchum...

—Tengo pruebas. Mostré a dos personas que viven allí una foto de Jill: aseguraron que habían visto a aquella mujer asistir en varias ocasiones a la consulta del doctor Ketchum.

Suspiré.

—Bien —dije—. Tenemos todos los ases de la baraja, Lizza. El círculo está cerrado. Voy a llamar a Parnell.

Lizza no dijo nada. Pero la expresión de sus ojos rezumaba angustia.

Un momento después, tenía al coronel Parnell al otro lado de la línea.

—Vamos a cerrar el negocio, señor —pronuncié—. Verá, yo veo las cosas así...

* * *

No se oyó el estampido del Match-2, pero yo sabía que volábamos a más de dos mil kilómetros por hora. El Phantom-X que yo pilotaba se deslizaba como una flecha a doce mil metros de altitud y se dirigía raudo hacia unos cúmulos nubosos de desagradable color marrón sucio.

Detrás de mí, Pell vomitaba miserablemente. —¡Por amor de Dios, Jason! Ya... ya sabes que yo soy un hombre de tierra. Esto... no es para mí. Te lo ruego, toma tierra, volvamos a la Base— gimoteó.

Estaba destrozado. Había vomitado hasta las primeras papillas tras de una vorágine de *loopings*, toneles, rizos, vuelo invertido y, finalmente, una caída en barrena desde diez mil metros de altura hasta poco más de trescientos.

Había resultado fácil. Antes de que Pell se hiciese cargo de su servicio aquella tarde, fui a las instalaciones de seguridad y le dejé una nota en el cajón de su mesa; después advertí de ello al sargento Jackson.

Era una nota muy escueta: Problemas graves en torno a Jill. Ven a verme a la sección de Operaciones, a las cinco.

Los mecánicos estaban poniendo en pista el veloz Phantom-X cuando Pell apareció. Le oí gritar un saludo a las personas que estaban cerca de mí y luego, simulando interés en observar el avión —su horrrísono ruido atronaba— se aproximó a mí. —Estoy aterrado, Pell— susurré a su oído—. Tenemos que hablar urgentemente, pero no aquí. Sube conmigo al avión, se trata de una prueba de treinta minutos. Allá arriba nadie nos oirá. La cosa es grave, Pell.

—¡Calla! —susurró, pálido. Y luego—: Ya sabes que no me gustan los aviones. Siento vértigo.

Además... estoy de servicio.

Simulé impacientarme.

—¡No puedo esperar! Tampoco me atrevo a hablar aquí... Escucha, puedo llamar por teléfono a Jack Heley: es un amigo y se prestará a hacerse cargo de tu servicio—. Simulé un espasmódico temblor de mano—. ¡Pell, no puedo más!

—Está bien. —Tras una rápida vacilación—. Ve a hablar a Holey.

Cuando volví, Pell se había puesto un buzo de piloto. Juntos caminamos hacia el Phantom-X. Mi mecánico de confianza, el veterano sargento Bill Clarks, tenía el rostro terroso...

Subimos a la carlinga. Un minuto después, el avión enfilaba la pista de estacionamiento, la de despegue y... surcábamos el aire como un relámpago.

Ahora... Pell se debatía en el asiento trasero como un ahogado. Me volví y advertí que estaba asfixiándose, pues para vomitar se había desprendido la máscara de oxígeno. Tenía todo el aspecto de un gusano.

—¡Jason, por lo que más quieras! ¡Me estoy muriendo! —gimió. Pero advertí que se había puesto la máscara de oxígeno.

Moví la palanca y el Phantom-X cayó a plomo desde doce mil metros. Pell se retorció en su asiento como una lombriz.

—Jason... Por favor.

—Quiero saberlo todo. Quiero saber por qué asesinaste a Jill —exigí.

Pell se arrugó en su asiento. Acabábamos de superar el Match-3 y en la carlinga se había hecho el silencio. Un silencio letal, ominoso, pesado. —Jill...— empezó a quejarse—. Me dijo que el tratamiento que yo le había recomendado le iba mal... Sangraba a veces... Me amenazó con decírtelo todo...

—¿Qué era lo que tenía que decirme? —El avión iba a aplastarse contra el suelo. La velocidad superaba los tres mil quinientos kilómetros por hora.

—Le... aconsejé un tratamiento para... para que pudiera tener hijos. Ella, era ingenua, un... poco coqueta. Yo la necesitaba para poder presionar a Albert

O'Loughlin

, a Mulligan...

El Phantom-X tembló a punto de desintegrarse y luego ascendió en el aire como una bala, atravesó unos vaporosos estratos y alcanzó seis mil metros.

—Yo... estaba ganando mucho, dinero.

Centenares de miles, millones de dólares. Y ella... suponía un peligro para mis... intereses...

—¿A quién entregaste los documentos? —exigí—. Ronald Bautista... ¡Por favor. Jason! ¡Voy a sufrir un infarto, vuelve a la Base! No puedo... soportarlo— gimió.

—Volveré cuando hayas respondido a todas las preguntas que quiera hacerte, Pell. Me has hecho mucho daño, pero no te odio. Sigue.

—Bautista es... un sudamericano, un fanático. Ni siquiera sé para quién trabaja, pero me ha... pagado siempre lo... que yo le pedía. Vive en Pasadena, O'Blythe Street, 108...

—Es horrible, Pell. Asesinaste a Jill. Pero ¿cómo? —Yo... comprobé que Jill estaba... mal. Temí que ella te hablase. Estaba loca, ansiaba un hijo para ti. Pero se estaba muriendo poco a poco... Ya no valían las sesiones del doctor Ketchum, que había conseguido crear en ella... la obsesión de... tener un hijo a toda costa.

—¡Sigue! —Mi avión inició el vuelo invertido y Pell gimió miserablemente a mi espalda.

—Decidí... matarla. Llegué de madrugada al *bungalow*, subí al porche... trasero... rompí el cristal. Tú estabas roncando en el suelo de la cocina. Fui a la alcoba y... ¡No quiero seguir, Jason!

—¡Continúa! —grifé. Y el avión describió un giro enloquecedor.

—La... estrangulé. Luego te arrastré hasta la cama y salí de la casa por el mismo sitio que a la llegada. Esperé en mi coche hasta las once de la mañana y...

—¿Cómo conseguiste el «Erothoyn»? —Mis dientes rechinaron.

—Hall Winters, jefe de producción, era un antiguo conocido... Le gustaban los cobayas... Ya sabes, animales de experimentación. Yo le llevé unos ratones, dos hamsters, unos conejos de indias... Y le oí hablar del «Erothoyn». Fue entonces cuando concebí la idea de utilizar a Jill... Era una joven fácilmente sugestionable. Y, además,

estaba su obsesión por darte un hijo...

—Canalla —murmuré, con los ojos llenos de lágrimas—. ¿Cómo pudiste hacer todo esto? Yo te había ayudado, te eché una mano cuando más lo necesitabas.

Estabilicé el avión y descendí suavemente a la cota de los seis mil metros. Detrás de mí, Pell aspiraba oxígeno como un pez fuera del agua, boqueando. —Tú, no sabes, Jason— ahora su voz cambió el tono agudo del miedo para adoptar el ronco del odio—. Recuerda Vietnam, la lucha contra los vietcongs, las trampas en el fango, las bombas ocultas... Una de ellas me estalló entre las piernas, me produjo tremendas heridas... Me desmayé.

Cuando volví en mí estaba casi desangrado... Pero eso no era lo peor: la explosión había arrancado de cuajo mis genitales, estaba... castrado...

—¡Dios mío! —murmuré, espeluznado—. Yo era un muchacho lleno de vida, fogoso, audaz, divertido. Pero aquello me traumatizó... Quería seguir en las fuerzas aéreas y sólo había una solución... Me curé como pude... Fue algo salvaje y cruel... Al cabo de dos semanas conseguí arrastrarme hasta nuestras posiciones... Nadie supo nada de mi mutilación, jamás. Y seguí viviendo... en un infierno interior... ¿Comprendes ahora, Jason, por qué no podía bañarme desnudo? No pude responder. Se me había formado un nudo en la garganta que me impedía articular una palabra. Sólo al cabo de un par de minutos osé decir:

—Es horrible, lo comprendo... Pero todo eso, Pell, no justifica tus horrendos crímenes. ¿Por qué, por qué?

—Es muy fácil de entender. Yo no era un hombre... ¿Qué estímulos podía tener? ¡El dinero! Una casa lujosa, coches, caballos... Todo eso que puede provocar la admiración y... la envidia de los demás.

Por eso lo hice. Ahora ya lo sabes. Volvamos a la Base. Jason, espero que sepas comprender... —No puedo comprender, Pell. Y me cuesta gran esfuerzo perdonar... De todas formas, todo lo que has dicho ha quedado grabado en la «caja negra». Es más: desde que despegamos estamos en comunicación directa por radio con la Base. El coronel Parnell estará atento... A estas horas es posible, incluso, que hayan detenido a Ronald Bautista— pronunció.

Pell se agitó atrás.

—¡Maldito, maldito, me has mentido! Creí... —Yo también creí, Pell. Creí que eras un buen amigo. Y...

Súbitamente el techo de la carlinga se descorrió y el avión emprendió un baile de' todos los diablos entre las nubes.

¡Pell acababa de accionar el sistema hidráulico! —¡Vete al diablo, Jason! ¡Jamás me cogeréis!— gritó.

Oí un apagado «zump» y Pell salió despedido hacia arriba por el potente eyector de emergencia. Tuve que dejar los mandos y girar el tronco para presionar la palanca y hacer volver el techo transparente a su posición. Inmediatamente el Phantom-X se estabilizó.

Piqué del ala izquierda y miré hacia las profundidades con ansiedad.

Y entonces sentí que el terror hacía presa en mí... ¡El paracaídas de Pell no se había abierto! Brando, una motita en la inmensidad, caía en el vacío a una velocidad increíble.

Bajo los efectos de una intensa conmoción interior, llamé por radio a la Base, informé de lo que acababa de ocurrir y anuncié mi descenso a las pistas.

Acababa de tomar tierra y me preguntaba cómo era posible que el paracaídas de Pell hubiera fallado. ¿Por qué, por qué...?

Al fin me detuve en la pista de estacionamiento; el sargento Bill Clarks estaba aguardándome. Bajé a tierra y advertí la tensión de sus facciones.

—Señor...

—¿Qué ocurre, Bill? Tiene muy mala cara... —Estoy a punto de vomitar, comandante: vi caer al teniente Brando desde las alturas— murmuró. —Pero, compréndalo, tuve que hacerlo.

—Tuvo que hacer, ¿qué? —inquirí, desconcertado.

—Mientras usted telefoneaba en el hangar, el teniente Brando se acercó a mí. Disimuladamente, puso en mi mano cinco mil dólares... Quería que manipulase su paracaídas, señor. Y cuando me negué, me apuntó con su pistola. No tuve más remedio que obedecer: subí al avión y rasgué con mi navaja la seda del paracaídas del piloto. Pero cuando él dejó de vigilarme para mirarle a usted... cambié los paracaídas entre sí: yo no podía permitir que

usted muriera. Bien... Aquí está el dinero, comandante. Estoy dispuesto a cargar con mi responsabilidad.

—Cállese, Bill. Su deber ahora es ocuparse de mi avión, ¿no? — dije con brusquedad. Y me alejé. El automóvil del coronel Parnell se detuvo a mi altura y yo me acomodé en su interior.

—Ronald Bautista está detenido —me anunció—. Le están interrogando ahora mismo en el IAM. Al parecer, se han recuperado los documentos robados. Buen trabajo, comandante O'Malley

; escuchamos su conversación con Brando desde el principio hasta el final.

El coche corría a gran velocidad hacia jefatura. —Lástima— dije —. Brando se fue al otro mundo sin explicarnos su coartada en el asesinato del general Barton...

—¿Su coartada? —Por primera vez vi sonreír al coronel Parnell —. Ya lo hemos puesto todo en claro.

—Explíquese, por favor —exclamé, sorprendido—. Fue un truco elemental. Brando sospechaba que nosotros le espiábamos, así que cuando Barton le citó en su despacho iba prevenido para afrontar cualquier situación. El general debió acusarle y Brando le asesinó. Utilizó un tubo silenciador que hemos encontrado entre sus ropas sucias. Salió inmediatamente, e incluso sonreía cuando pasó ante el comandante ayudante.

—Pero...

—Había borrado sus huellas de la pistola y tomó la de Barton de un cajón. Las dos armas eran del mismo calibre y todos supusimos que el general se había matado con propia pistola. Hubiera bastado con comprobar la numeración para saber que se trataba de la pistola de Pell Brando.

—Sin embargo, los quince minutos que mediaron entre la salida de Pell y el momento en que se escuchó el disparo...

—Verá, comandante. Antes de salir del despacho del general, Brando dejó abierta la ventana, que da a la fachada posterior del edificio —explicó Parnell—. Como usted sabe, se trata del primer piso... Brando se alejó, rodeó el edificio y escaló el muro, hasta alcanzar la ventana. Asomado, comprobó que nadie había penetrado en el despacho del general. Entonces hizo un disparo de fogueo en el interior del despacho y tiró hacia sí de la ventana, que

se cierra automáticamente. Inmediatamente se dejó caer y huyó. Unos segundos después, el comandante ayudante penetró en el despacho del general y vio a éste caído, de bruces sobre la mesa, con la pistola en la mano y un hilillo de sangre resbalando de su sien derecha. El resto, puede imaginárselo.

* * *

—¡Es una locura! —repetí a través del teléfono—. No podemos pensar seriamente en eso, pequeña: yo soy un hombre viejo y amargado, Lizza. Lo que me propones está fuera de lugar. Es...

—... Una locura, ya lo has dicho una docena de veces. ¿Y por qué no? Tú me necesita a mí, pero yo no puedo prescindir de ti, comandante

O'Malley

.
—Lláname Jason. Y... está bien. Ven. Pero no te aseguro nada. Tomaremos unas cervezas juntos, cenaremos... Después...

FIN

Kelltom McIntire es un seudónimo de José León Domínguez. La abultada nómina de autores que colaboraron en las colecciones de ciencia ficción de la editorial Bruguera, unos treinta en total, tiene en Kelltom McIntire o, si se prefiere, José León Domínguez, uno de sus principales colaboradores, con un total de 61 novelas (55 en La Conquista del Espacio y 6 en Héroes del Espacio).

José León Domínguez es un alcalaíno oriundo de tierras extremeñas, donde nació, en la localidad pacense de Higuera la Real, el 31 de julio de 1937. Según me ha contado personalmente (es paisano mío, y una persona de lo más amable), ganó su primer premio literario (cien pesetas de las de entonces) cuando tan sólo contaba con cinco años de edad, lo que demuestra una vez más el conocido refrán que afirma que de casta le viene al galgo. Cursó el bachillerato, comenzó a estudiar magisterio y finalmente, como muchos de sus paisanos, recaló en Alcalá de Henares allá por 1969, con poco más de treinta años de edad. Aunque inicialmente trabajó en una fábrica, una de las muchas existentes en el viejo solar complutense, pronto empezó a publicar novelas en las diversas colecciones populares que florecían entonces en España, principalmente las de las editoriales Toray y Bruguera. Su primera novela aceptada por Toray se titulaba *ULTIMÁTUM A UN PISTOLERO*, era obviamente del oeste y le pagaron por ella 4000 pesetas, una cantidad nada despreciable en 1969 ya que podía equivaler, casi, a un salario mensual medio. Su debut en Bruguera tuvo lugar con *LA PISTA DE LOS*

100 000

, también del oeste, y a partir de entonces ya no paró...

Notas

[1] La «L» es la abreviatura de Lieutnant, es decir, «teniente», en inglés. < <